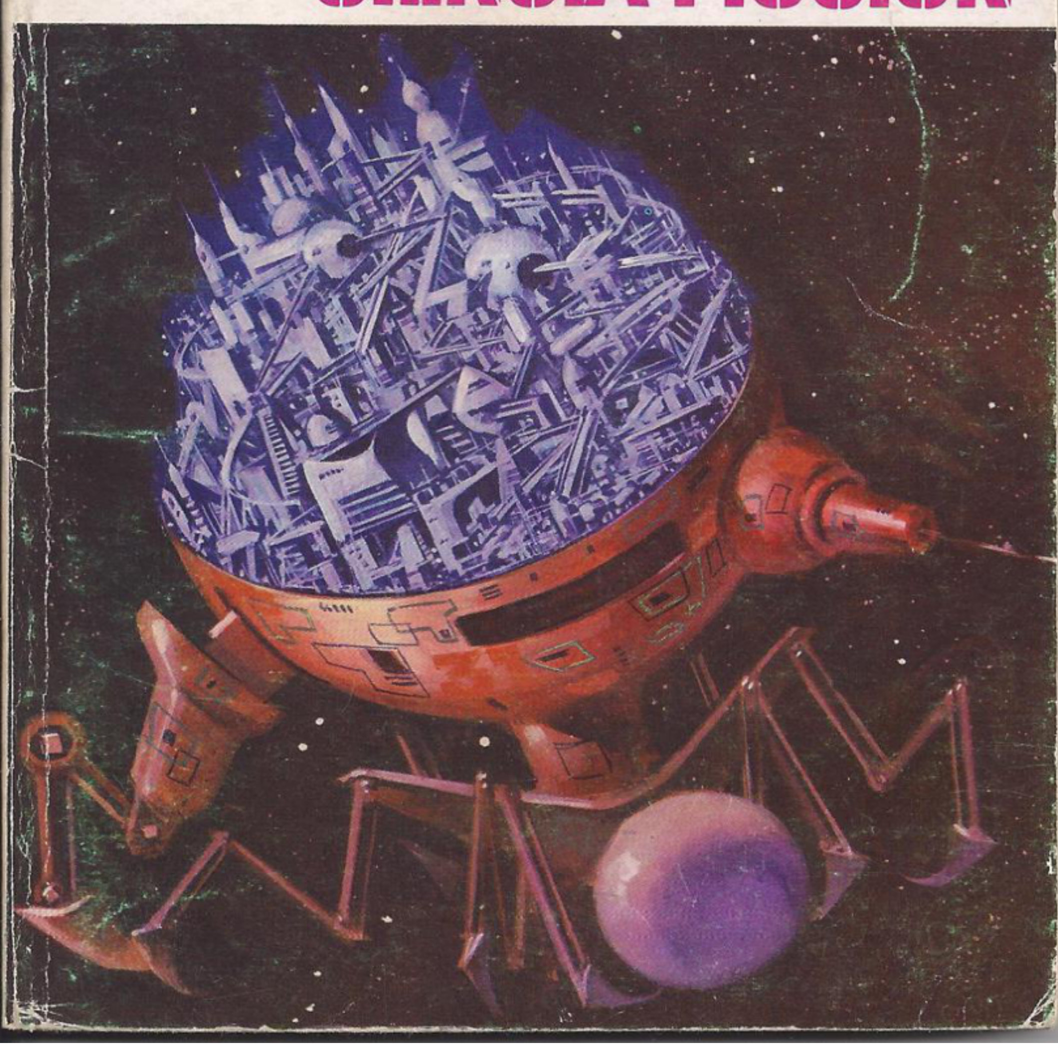
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

VIGILANTES DEL UNIVERSO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

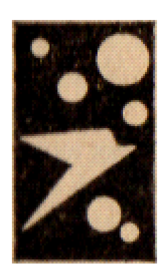
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

380 – Los hermafroditas, *Ralph Barby*.
381 – Ellos en nuestro planeta, *Glenn Parrish*.
382 – Yo, Lázaro, *Curtis Garland*.
383 – El poder de los robóticos, *Ralph Barby*.
384 – Hombre Omega, *Curtis Garland*.

KELLTOM McINTIRE

VIGILANTES DEL UNIVERSO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 385
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 38.319 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

—Siempre ha ocurrido lo mismo. Inexorablemente —declaró el comandante Lombard—. Poseemos pruebas irrefutables de que, al menos durante dos o tres milenios, criaturas de otros planetas han estado visitando sistemáticamente la Tierra y nuestra atmósfera vital. Nuestros cazas los han perseguido sañudamente. Yo mismo he recibido docenas de veces la orden terminante de abatir a uno de esos ovnis. Jamás lo hemos conseguido. Pero lo que me preocupa...

Lombard humedeció sus labios con un sorbo de agua.

Los oficiales que asistían a su conferencia siguieron hasta el menor de sus movimientos sin pestañear.

—Decía que lo que me preocupa, lo que me obsesiona, es por qué ellos jamás se defendieron. Entre los múltiples casos registrados, no existe una sola evidencia de que nuestros visitantes extraterrestres provocasen algún daño a los habitantes de nuestro planeta. En tal caso, ¿por qué hemos de utilizar la fuerza —impotente fuerza, por otra parte— para atacarlos?

—Yo contestaré a esa pregunta, si me lo permite, comandante.

La persona que acababa de hablar era el teniente Bob Mac Greig, un joven oficial que asistía a la conferencia en las primeras filas de butacas.

Lombard enarcó una ceja.

—¡Adelante, teniente Mac Greig —invitó, sereno—. Me gustaría conocer su opinión. Estamos aquí para intercambiar experiencias e ideas. Hable.

Mac Greig era muy joven.

Tenía veintiséis años, era rubio, atlético y audaz. Y el tema que se debatía en !a conferencia le atraía profundamente.

Era un hombre muy notable.

Sus cabellos, rubios como el oro bruñido, eran fuertes y cortos.

Tenía unas orejas extrañas, muy alargadas, con un lóbulo cuadrado —algunos de sus camaradas afirmaban que Mac Greig podía moverlas y orientarlas a voluntad'—, sus ojos eran muy rasgados y sus cejas perfilaban una línea absoluta recta sobre sus arcos superficiales.

Sus compañeros contaban cosas extraordinarias acerca del teniente Mac Greig. Alguien, por ejemplo, aseguraba que el joven oficial era capaz de superar al más perfeccionado cerebro electrónico en sus cálculos matemáticos mentales.

Decían de él que podía trasladarse desde Houston a Nueva York en tres minutos exactamente.

Pero, claro, todo esto no eran sino rumores entre sus camaradas

del Centro' de Formación de Astronautas de Houston, en el estado de Texas.

El comandante Lombard había estado observando con suma atención al teniente Mac Greig.

—Adelante, teniente —le animó—. Le escuchamos. ¿Por qué cree usted que nuestro mando estratégico nos ha ordenado emprender acciones contra los ovnis?

Mac Greig dirigió una mirada a las personas que asistían a la conferencia.

Y dijo:

—El motivo es muy complejo. Sintetizándolo, yo podría asegurar que se debe a nuestra crueldad innata y a nuestra... curiosidad.

Un murmullo de asombro acogió sus palabras.

En el fondo, los jefes y oficiales que asistían al acto estaban seguros de que el teniente Mac Greig había dado en el clavo.

Pero su rápida y certera respuesta exigía una explicación más amplia.

Y el coronel Mac Kinley alzó su voz gruesa y enérgica para indicar:

--Explíquese, teniente Mac Greig.

—Lo haré —respondió el oficial.

Su voz, de timbre metálico, retumbó en la sala a través de los equipos de sonorización.

—El hombre, el humano que impera sobre la Tierra es un depredador nato —afirmó Mac Greig—. Tenemos frases como el pez grande se come al chico... Sólo es una frase, un refrán, lo sé. Pero compendia con gran clarividencia nuestra exacta naturaleza. El hombre es cruel de por sí. Hoy, en mil novecientos noventa y dos,- estamos a punto de provocar una catástrofe mundial...

Catástrofe mundial.

¡Catástrofe mundial!

¡CATASTROFE MUNDIAL!...

Las dos últimas palabras pronunciadas por Mac Greig tuvieron una larga resonancia en el auditorio.

Muchos altos oficiales del Ejército del Aire norteamericano que asistían al acto suspendieron la respiración.

—La Unión Soviética ha invadido Noráfrica —pronunció el joven oficial con voz serena—. Y nuestro país, la gran Norteamérica, se encuentra a un paso de la guerra total. Nuestro ejército trata de distraer la atención de sus oficiales con actos como éste... celebrados en refugios subterráneos, a doscientos metros bajo la superficie del país...

—¡Cállese! —rugió el coronel Mac Kinley, dominado por la furia.

El comandante Lombard hizo sonar su zumbador electrónico, que había venido a reemplazar los antiguos mazos de los magistrados.

—Por favor, coronel Mac Kinley —dijo con voz mesurada—. La conferencia se ha organizado en forma de coloquio libre. Yo sólo soy el moderador y cualquiera de los asistentes tiene derecho a utilizar la palabra por… riguroso turno. Y el turno corresponde al teniente Mac Greig.

Hizo una pausa y agregó:

—Sin embargo, aconsejo al teniente Mac Greig que evite llevar la inquietud al auditorio —tras mirar rectamente a Mac Greig, el comandante Lombard dejó vagar unos segundos su mirada sobre la concurrencia—.Lo que acabo de decir no es obstáculo para que, por mí mismo, suscriba sus palabras.

La intervención de Lombard tuvo la virtud de acallar momentáneamente todos los rumores.

Mac Kinley, en un extremo de la sala, se mordía frenéticamente las guías de su canoso mostacho.

—Trataré de ser muy concreto —vibró la voz de Mac Greig—. Señores… Si somos capaces de destruirnos entre nosotros…, es lógico que tratemos de aniquilar a los seres de otros mundos., a los que no conocemos ni comprendemos.

Un rumor de aprobación coreó sus palabras.

El joven oficial, sereno, prosiguió su intervención.

—Por último, me referiré a la curiosidad —dijo—. Es cierto que los terrestres somos integralmente curiosos. Cuando, al inicio de este siglo, los pilotos de aeronaves comenzaron a observar en nuestra atmósfera la presencia de esas naves a las que hemos dado la vaga y generalizada denominación de ovnis, se sintieron profundamente intrigados…

Todos estaban pendientes de las palabras de Mac Greig. Incluso el puntilloso y conservador coronel Mac Kinley.

—El hombre, sobre la Tierra, ha tratado de desentrañar tozudamente todo aquello que no comprendía. Intentaba desvelar lo insólito, lo misterioso… Cuando en multitud de ocasiones la empresa era, necesariamente, superior a sus fuerzas. En el caso de los ovnis, para nosotros era absolutamente imprescindible conocer la entidad de aquellos fenómenos. Éramos conscientes de que jamás nos habían dañado. Tal vez nos observaban, no voy a decir lo contrario, pero nunca sufrimos el menor perjuicio por causa de nuestros misteriosos visitantes extraterrestres…

—¿Luego…? —pronunció el comandante Lombard.

—Curiosidad y crueldad, ésa es la respuesta —respondió con seguridad el joven teniente Mac Greig. Y agregó—·: Podría ampliar mi concepto acerca de estas dos palabras… Pero prefiero seguir escuchándole a usted, comandante. El motivo acerca de por qué perseguimos a los «viajeros del espacio» puede ser muy importante.

Pero ¿no cree usted, no creen todos ustedes que es más trascendental averiguar por qué jamás ellos han respondido a nuestras constantes provocaciones, a nuestros destructores ataques?

Lombard quiso tomar la palabra.

Pero, evidentemente, la cuestión propuesta por el teniente Mac Greig no era fácil de responder.

El comandante Lombard siguió hablando durante algunos minutos. Pero había perdido el interés.

Ahora se sentía sumamente perplejo. Constantemente —mientras el coronel Mac Kinley vociferaba sin sentido— recordaba las sensatas palabras del teniente Mac Greig.

CAPITULO II

—Es mi madre, Sarah Mac Greig —dijo Bob.

Lombard palideció.

Sarah Mac Greig le tendió la mano y pronunció un amable:

—Bien venido, comandante Lombard.

Dave Lombard siguió cori su asombrada mirada a la madre de Bob.

Sus ojos le decían que la mujer que estaba contemplando era bella, agradable, esbelta, ágil, y... muy fuerte, puesto que desplazó con un movimiento fácil el buffet repleto de viandas y bebidas,' hasta sacarlo a la terraza.

Lombard tomó, estupefacto, la copa que Bob Mac Greig le ofrecía.

Y bebió su contenido de un trago.

La señora Mac Greig iba y venía ágilmente desde el gran salón a la terraza, decorada con bellos ficus y geranios.

«Nadie podría calcularle más de treinta o treinta y dos años», pensó Lombard, que seguía la silueta femenina como obsesionado.

Sin embargo, Sarah Mac Greig tenía setenta años.

Dave Lombard lo sabía.

Sarah tenía cuarenta y cuatro años cuando dio a luz a Bob Mac Greig, su único hijo. Cuarenta y cuatro años sumados a los veintiséis que tenía Bob... sumaban setenta, exactamente.

Pero ¿cómo era posible que la madre del teniente Mac Greig poseyera la lozanía, la belleza y la juventud de una mujer de treinta años?

Dave Lombard desvió la mirada al advertir que también la atractiva señora Mac Greig le mirada con evidente interés.

A través de las brillantes pupilas de Sarah podía verse a un hombre esbelto, elegante, atlético, con facciones bronceadas y cabellos prematuramente plateados...

Ese era Dave Lombard, el profesor-comandante del Centro de Formación de Pilotos Aeroespaciales.

A Lombard le hubiera gustado ir directamente al asunto. Es decir, interrogar a la señora Mac Greig, averiguar el misterio de su pasmosa juventud.

Sin embargo, se limitó a pronunciar una frase amable y aceptar la copa que Sarah Mac Greig le ofrecía.

No había sido invitado al hogar de los Mac Greig. Lombard se había presentado en el sencillo pero acogedor bungalow aduciendo el pretexto de cambiar distintos puntos de vista con el teniente Mac Greig.

«Es extraño que jamás me hayan invitado a visitar este agradabilísimo lugar», pensó Lombard, dirigiendo una lenta y admirativa mirada al exuberante jardín que rodeaba la terraza.

Y tenía razón.

A sus treinta y cinco años, el comandante Lombard se había convertido en un personaje casi mítico y ello llevaba consigo la admiración sin límites por parte de los jóvenes oficiales que eran sus alumnos en el Centro de Formación.

La aureola que rodeaba a Lombard tenía su razón de ser: había participado en diez programas espaciales, era un experto en todo lo relacionado con los ovnis, había montado la fabulosa Base-Satélite Moon-Bird, en órbita alrededor de la Luna...

Dave Lombard se veía obligado constantemente a atender las invitaciones de sus amigos y alumnos. Lo hacía por mera cortesía, porque en el fondo Lombard detestaba las vacías fiestas de sociedad.

«Pero Bob Mac Greig jamás me invitó a visitar su casa», se repitió, intrigado.

¿Por qué?

Quizá la respuesta estuviese en la presencia de la atractiva mujer que le contemplaba amablemente, con evidente interés.

Parecía razonable imaginar que la madre de Bob se hubiera sometido a algún tipo de operación quirúrgica tendente a rejuvenecerla..., puesto que el comandante Lombard poseía datos ciertos acerca de su edad: setenta años.

Entretanto, Bob había traído cigarrillos que ofreció a su visitante.

El teniente Mac Greig se sentía un tanto embarazado. Su mano derecha tembló levemente cuando le ofreció la llamita azulada de un encendedor dorado.

Disimuladamente, Lombard le observó.

Aunque hacía más de dos años que conocía a Bob Mac Greig, jamás había reparado conscientemente en sus extrañas cejas casi rectas, en su anchísima frente, parcialmente disimulada bajo los lisos cabellos rubios, ni en sus clarísimos ojos de un insólito fulgor dorado.

Adivinó que el teniente esperaba alguna clase de explicación que justificara su visita.

Y la dio.

—Me he tomado la libertad de venir a su casa porque siento un vivo interés por conocer en profundidad sus teorías sobre nuestros visitantes espaciales, teniente. La verdad es que el problema me apasiona —pronunció.

Bob tenía una expresión hermética, inabordable.

—Lo siento, comandante; pero nada tengo que añadir a lo que dije en la conferencia. Le ruego me disculpe, pero me siento indispuesto. Me disponía a acostarme, a descansar, cuando usted llegó —respondió

concisamente.

La indirecta era tan clara que Dave Lombard terminó su bebida y se puso en pie.

—Lo siento —se disculpó, tras un nervioso carraspeo—. De haberlo sabido… Bien, espero que se reponga pronto.

Mac Greig permaneció rígido y distante.

¿Por qué?

El joven oficial se había distinguido siempre por su cordialidad y buen talante para con todos.

Ahora, en cambio, se había encerrado en sí mismo y se mostraba receloso y distante.

La señora Mac Greig se sentía un tanto violenta cuando acompañó al comandante hasta la puerta.

Ya bajo el porche corrido, ofreció su mano a Lombard y sonrió con timidez.

—Discúlpele, por favor. Bob está fatigado y nervioso. Necesita descanso. Sin embargo…

-¿Sí?

—Tenga la seguridad de que mi hijo le aprecia y admira sinceramente, comandante.

—Lo sé. Y nada hay que disculpar. Creo que debí avisarle por teléfono previamente —respondió.

Había retenido entre sus dedos la fina y fresca mano de Sarah Mac Greig.

Experimentaba una extraña sensación al contacto de aquella piel suave, turgente y fina… que correspondía a la mano de una mujer de setenta años.

Ansiosamente, Lombard buscaba con la mirada alguna huella de cicatriz en la frente, bajo los dorados cabellos de la señora Mac Greig.

Inútilmente. No existía la menor cicatriz que evidenciase una operación de cirugía plástica.

De todas formas, una operación de aquel tipo podía explicar la lozanía y tersura de aquel bello rostro, pero ¿y su cuerpo de líneas armoniosas, sus movimientos felinos, la rapidez y seguridad de todos sus gestos.

«Inexplicable», se respondió a sí mismo Lombard.

Y se despidió de Sarah Mac Greig rápidamente.

Cuando se alejó conduciendo el prototipo eléctrico

que le había regalado una fábrica de automóviles, Dave Lombard se sentía seguro ya de que estaba al principio de un caso sumamente misterioso.

«Bob Mac Greig tenía toda la razón cuando afirmó que la curiosidad es innata en el género humano —pensó Lombard—. Yo mismo me siento ahora inquieto, ansioso, dominado por la más

intensa curiosidad.»

Su primer paso adelante para desentrañar el misterio que rodeaba a los Mac Greig fue consultar la documentación relativa a Bob Mac Greig.

Y aquí surgió la segunda sorpresa: Bob no tenía padre. Es decir, figuraba como hijo de soltera. El teniente Mac Greig había adoptado el apellido de su madre.

Mientras, la situación mundial se deterioraba fulgurantemente. Al día siguiente, los Estados Unidos de América retiraban a su embajador en Moscú.

Las relaciones diplomáticas entre las dos grandes superpotencias acababan de romperse.

«Y ello, probablemente, nos llevará a la tercera guerra mundial y… a Ia destrucción total», pensó Lombard, intensamente preocupado.

Cuatro flotas de la Marina norteamericana habían partido de las islas Canarias y montaban una tensa guardia en la cornisa atlántica de Marruecos-Mauritania.

Sesenta submarinos atómicos le daban escolta con sus entrañas repletas de proyectiles nucleares.

Debido a la grave situación, todo el personal militar del Centro de Formación de Pilotos Aeroespaciales había recibido orden de no abandonar Ia ciudad y de permanecer en constante comunicación con el mando estratégico.

Para ello, todos los oficiales y jefes estaban en la obligación de llamar por teléfono cada sesenta minutos a la Base para confirmar su disponibilidad para el caso de recibir la alerta.

Durante veinticuatro horas seguidas, Lombard permaneció de guardia en la Base.

La situación no podía ser más tensa y dramática. Influidos quizá por el peligro latente, los ciudadanos permanecían encerrados en sus casas y las calles aparecían desiertas, desoladas.

Sólo funcionaban los servicios indispensables: alimentación, transportes, farmacias, hospitales..

Los ruidosos clubs, los casinos, los teatros y los cines habían cerrado sus puertas.

En el interior de sus casas, todos estaban pendientes de los televisores y de los espacios informativos que se transmitían intermitentemente.

A las cinco de la madrugada —tres horas antes de que terminase su servicio de guardia en la Base—, el comandante Lombard recibió una llamada telefónica desde la comandancia de Marina de Punta Gorda, en el estado de Florida.

-—Le habla el teniente Gallager, guardacostas 705, con base en Punía Gorda —oyó—. Hemos abordado un yate en Marquesas Keys,

hacia las dos de la madrugada, hora del Este. El piloto del yate y único ocupante de la embarcación es el teniente Bob Mac Greig, del ASFPC, Base Houston...

Lombard expulsó el cigarrillo que tenía entre los labios y lo aplastó de un pisotón sobre el pavimento.

—¿Está seguro, teniente Gallager? —preguntó, nervioso—. Usted conoce las órdenes: todos los oficiales deben comunicarse cada hora con sus centros de control. Y el teniente Mac Greig acaba de comunicarse con esta Base a las cinco en punto de la madrugada. Entiéndalo: es uno de mis hombres. Conozco su voz y ha ' pronunciado la cifra de control correctamente.

La respuesta tardó en llegar unos segundos.

—El caso es que... Mac Greig se ha escapado —declaró el teniente de la lancha guardacostas, tras cierta vacilación.

—¿Que se ha escapado?

—Sí —respondió Gallager—. Usted debe saber que las comandancias de Marina han avisado a todos los ciudadanos de nuestro país las órdenes expresas del Pentágono para las próximas veinticuatro horas: ninguna embarcación privada podría hacerse a la mar, salvo...

—Conozco las órdenes, teniente. Dígame qué ocurrió con el hombre al que ustedes confundieron con el teniente Bob Mac Greig —exigió Lombard, cada vez más impaciente.

—No confundimos a nadie con el teniente Robert Mac Greig, señor —puntualizó un tanto exasperado el jefe del guardacostas—. Cuando le abordamos, le exigimos la documentación. La fotografía coincidía exactamente. Por otra parte, llevamos a bordo un pequeño laboratorio para establecer el contraste cromático del documento. Y éste era auténtico. Tan auténtico como . su teniente Bob Mac Greig.

Lombard encendió Inconscientemente otro cigarrillo.

—Abordemos el asunto serenamente, Gallager —pronunció, tras reflexionar un instante—. Yo le aseguro que 1 Mac Greig estableció su control acordado con esta Base a las cinco en punto. ¿Cómo podía encontrarse a las dos en Marquesas Keys? Le sugiero que me lo cuente todo desde el principio.

Con un derroche de paciencia, el teniente de guardacostas Gallager explicó al comandante Lombard:

—Hacia la una cincuenta y cinco, la lancha 705 se encontraba a la altura de Key West, a unas tres millas de la costa...

CAPITULO III

,—Me gustaría que terminásemos de una maldita vez —rezongó Budd Álvarez, el segundo teniente y contramaestre a bordo de la lancha guardacostas 705.

—Calma. Tienes... —empezó a decir el teniente John Gallager.

Iba a decir: «Tienes toda la razón», puesto que la 705 llevaba treinta y dos horas de continuo patrullar frente a la isla de Cuba.

Pero dijo:

—Tienes poca paciencia, Budd. Ve a tu camarote, si lo prefieres. Al amanecer estaremos descansando tranquilamente en Punta Gorda.

Budd se exasperó. Dio una rabiosa chupada a su cigarrillo y lo arrojó con furia por encima de la borda.

—Descansar tranquilamente... —murmuró entre dientes—. ¿Sabiendo que en cualquier momento el mundo puede saltar en pedazos? Te digo la verdad, Johnny: me gustaría emborracharme hasta que mis rodillas se doblasen. Todo antes que esperar con esta angustiosa tensión el momento final.

—Ahora no podemos beber. Tú lo sabes, Budd. Aunque tengamos relaciones formales con Cuba, en esa isla está la incógnita. Mañana...

—¡Al diablo con mañana! —rugió el subteniente—. Preferirla luchar cuerpo a cuerpo con el mismo diablo antes que aguantar esta inquietante espera. ¿No lo comprendes? Nuestra guardia discurre segundo a segundo. La radio apenas suena de cuando en cuando para informarnos acerca de los posibles cambios meteorológicos. He intentado, inútilmente, sintonizar una de nuestras emisoras para escuchar música. Silencio... —silabeó, rabioso—. Tampoco funciona la televisión. En cuanto a ellos —señaló a lontananza, hacia Cuba—, también callan. Se diría que la vida se ha extinguido sobre el planeta. Todo esto...

—¡Calla! —exigió Gallager, con voz comedida, pero enérgica.

Álvarez enmudeció.

Inmediatamente, los dos pudieron percibir la inexplicable vibración de la poderosa 705, cuyos motores estaban parados.

Súbitamente, el mar hirvió a unas tres millas de distancia, dirección Sur-Suroeste. Es decir, justamente hacia la isla de Cuba.

En la noche oscura fulgió un resplandor azulado y un halo luminoso, cilíndrico, se elevó sobre el mar y desapareció a velocidad increíble en el negro firmamento.

Coincidiendo con ello, la 705 recibió una bordada tan potente que la embarcación estuvo a punto de zozobrar.

Gallager se puso a chillar como un diablo:

—¡Máquinas, timonel...! ¡Avante y siete a estribor!... ¡Apurad las máquinas!...

La segunda ola fue hendida limpiamente por la proa de la lancha, gracias a la enérgica reacción del teniente.

—Submarinos atómicos soviéticos —dedujo inmediatamente Budd Álvarez.

Y corrió como un loco hacia el cañón lanza-misiles de proa.

Dos artilleros corrieron en su ayuda para poner el arma en disposición de disparar.

Pero el mar se apaciguó en seguida y la luminosidad azul se había fundido en el negro azabache del firmamento.

—¡Avante, toda máquina! —ordenó Gallager a través del emisor colgado de su pecho.

Oteaba la superficie marina con unos prismáticos de precisión. Pero el mar estaba en calma y todo parecía tranquilo, relajado, inofensivo.

La 705 avanzó tres millas en pocos minutos.

—Al pairo —dictó Gallager, y la nave se detuvo fácilmente.

'El operador de radar le informó a través de la radio que los aparatos no detectaban nada extraño.

—¡Espere, teniente! ¡Sí! ¡Algo se acerca a nosotros! Se trata de una pequeña nave... ¡Un yate, quizá

A Budd Álvarez le dolían los dedos, aferrados a los disparadores electrónicos de su cañón lanza-misiles.

—¡Quietos! —gritó Gallager, nervioso.

Y entonces, a menos de cien yardas, vio venir la clara silueta del yate.

—¡Tres cuartos a babor! —gritó, con urgencia.

La lancha se alzó de proa y viró a la izquierda. Apenas a tres metros de la amura de babor, la silueta clara del yate cruzó a escasa velocidad.

—¡...dita sea! —gruñó el teniente—. Hemos estado a punto de partirlo por la mitad. ¿Quién puede ser ese loco...?

Ordenó que virasen a estribor. La lancha giró en un espacio inverosímil y se colocó a popa del yate.

Inmediatamente una batería de focos, muy potentes, iluminó la silueta del airoso y modernísimo yate.

—¡Alto, deténgase! —gritó Gallager a través de un potente megáfono.

Poco después le abordaban. Sobre el costado de estribor podía leerse fácilmente el nombre de la embarcación, rotulado con graciosos trazos en letra inglesa en claro tono verde-mar: The Easy Peace (La Fácil Paz).

—The Easy Peace... — murmuró Budd Álvarez. Y lanzó una

carcajada sarcástica, hiriente.

Casi toda la tripulación de la 705 se encontraba en cubierta, apuntando sus ametralladoras hacia la encristalada cabina del yate.

También el subteniente Budd Álvarez apuntaba su cañón lanzamisiles hacia la embarcación interceptada. Y sólo esperaba un pequeño motivo para disparar seis proyectiles superdestructores.

Pero en la cubierta de popa del yate se vio la silueta de un hombre joven, de cabellos rubios.

Inmediatamente John Gallager saltó desde la borda de la 705 y cayó ágilmente sobre el piso de madera.

Deliberadamente se apartó hacia estribor para no interceptar el ángulo de tiro de los hombres que quedaban a bordo de la lancha guardacostas.

Fue todo muy breve.

Gallager se enfrentó con expresión dura al joven vestido con pantalones y suéter blanco y le exigió identificarse.

El patrón del yate sonrió, sacó una pequeña cartera y la tendió al oficial.

Gallager parpadeó, nervioso, después de echar una ojeada a aquellos documentos.

—Robert Mac Greig, teniente U. S. Air Forces del ASPFC, Houston —leyó en voz alta, asombrado. Y miró a Mac Greig—. ¿Cómo puede justificar su presencia en este lugar, teniente Mac Greig?

El hombre de los cabellos rubios sonrió.

—De ninguna manera, amigo mío —declaró—. Por otra parte...

—¿Por otra parte? —repitió Gallager, entre furioso y sorprendido.

—Tampoco usted podrá justificar jamás que yo estuve en este lugar —respondió Mac Greig.

Gallager se encrespó.

—¿Quiere burlarse de mí? ¿Es que no conoce las órdenes? Teniente, usted ha transgredido gravemente las instrucciones que, sin duda, ha recibido de sus superiores. Me temo que esto va a costarle caro.

A Gallager le sorprendió la carcajada de Bob Mac Greig.

—¿Usted cree? —exclamó, risueño—. ¿Cómo podría demostrar que yo me encontraba aquí... y a esta hora?

—¡Voy a demostrárselo! —exclamó el jefe de la 705.

Gallager fue a desenfundar su revólver. Pero lo que sucedió inmediatamente fue diez veces más rápido que su propio y urgente movimiento.

Muy fácil: Mac Greig saltó elásticamente sobre la borda, y se hundió en el mar como una flecha.

A bordo de la 705, los tripulantes —incluido el belicoso Budd Álvarez— permanecieron inmóviles, incapaces de reaccionar.

Tampoco Gallager tomó la iniciativa inmediatamente.

Pistola en mano, contemplaba con expresión incrédula la leva turbulencia de las aguas en el lugar donde se acababa de zambullir el fugitivo.

A punto estuvo de descargar su pistola en un gesto rabioso, pero finalmente enfundó el arma.

—Pobre loco —murmuró entre dientes. Y alzó una mano para evitar que Budd disparase su cañón.

En fin de cuentas, Mac Greig no tenía salvación.

A más de siete millas de la costa, en una zona infestada de tiburones… ¿qué posibilidad tendría de salvarse?

Era lógico pensar que la tensión de las últimas horas había alterado las facultades mentales del teniente Mac Greig.

—Una víctima más de esta dramática situación —decidió para sí Gallager.

Ordenó al subteniente que saltase al yate y se hiciese cargo de la embarcación, auxiliado por Bates, un mecánico de toda confianza.

Poco después, las dos embarcaciones ponían proa a Punta Gorda.

Durante el trayecto, Gallager, que conservaba la documentación del teniente Mac Greig, se puso en contacto por radio con la Base ASPFC de Houston.

Un operador le puso rápidamente en comunicación con el jefe de la guardia nocturna, comandante Dave Lombard.

CAPITULO IV

Lombard encendió un nuevo cigarrillo.

Se sentía perplejo.

Porque no podía admitir que el teniente Mac Greig hubiera podido trasladarse desde Kev West hasta Houston en el espacio de noventa minutos.

Entre ambos puntos existía una distancia más que considerable: unos mil ochocientos kilómetros.

—A pesar de todo, Gallager debió confundirse —murmuró.

Pero el documento que el jefe de la 705 había conservado en su poder pertenecía a Mac Greig. Y la descripción que Gallager había hecho del teniente de ASPFC coincidía absolutamente con los datos fisonómicos de éste.

Lombard tomó el teléfono. Ya se disponía a comunicarse con Bob Mac Greig, cuando optó por colgar el aparato.

Si quería comprobar la presencia real de Mac Greig en Houston, lo más práctico sería hacerle venir a su presencia.

Dio instrucciones al capitán Hays, y seis hombres partieron en busca del teniente.

Amanecía cuando Bob Mac Greig se presentó al comandante Lombard. Su aspecto era normal y parecía muy tranquilo y seguro de sí mismo.

—¿Quiere mostrarme su documentación, teniente...? —pidió Lombard, con la intención del gato que juega deliberadamente con el ratón antes de zampárselo.

Su estupor fue considerable cuando Mac Greig introdujo una mano en un bolsillo de su guerrera y puso sobre la mesa el documento.

Era auténtico. No había dudas.

—Está bien. Puede volver a casa, teniente —decidió Lombard.

—¿Cómo? ¿Esto es todo? —se extrañó Mac Greig—. ¿No va a decirme por qué me hizo venir hasta aquí?

Al fin y al cabo, el joven oficial tenía derecho a alguna explicación. Y 'Lombard decidió dársela.

—El jefe de una lancha guardacostas de servicio en Key West detuvo al individuo que pilotaba un yate en aquella zona. Su documentación de identidad: teniente Robert Mac Greig, adscrito al ASPFC.

Bob sonrió.

—Pero... ¡eso es imposible, comandante Lombard! He venido realizando mi control reglamentario cada sesenta minutos —exclamó.

—Ya lo sé —respondió Lombard, exasperado.

*

Amaneció un día gris, brumoso.

El aire cálido, bochornoso, estaba cargado de electricidad.

No soplaba la brisa. Las ramas de los árboles estaban quietas y había dejado de oírse el alegre piar de los pajarillos.

Nada se movía, todo parecía muerto.

Apostado en el otero tras el ancho tronco de un pino, Dave Lombard espiaba el hotelito de los Mac Greig a través de las lentes de unos prismáticos.

El bungalow se erguía sobre una baja colina a más de quinientos metros de la próxima construcción, de un estilo arquitectónico semejante a la media docena de viviendas ubicadas en los alrededores.

A través de los prismáticos, Dave Lombard seguía el rápido y cadencioso ir y venir de Sarah Mac Greig desde la cocina de su hogar hasta el gran salón orientado a Mediodía.

Lombard sabía que en aquella casa sólo vivían Bob Mac Greig y su madre. Sarah.

En tal caso, ¿a quiénes correspondían la veintena de siluetas humanas que podía vislumbrar gracias a los prismáticos?

—Una fiesta, quizá —pensó.

Pero Lombard sabía ya mucho acerca de los Mac Greig. Sabía que ellos no eran dados a las reuniones de sociedad, a las clásicas parties amistosas, a ninguna relación de tipo social.

Pero él podía ver casi perfectamente las siluetas de veinte personas, reunidas en el gran salón del bungalow de los Mac Greig.

Alrededor de la casa sólo podía verse el automóvil de Bob. Teniendo en cuenta que la vivienda de los Mac Greig se encontraba a unos ocho kilómetros de la ciudad, ¿qué medio de transporte habían empleado las veinte personas que llenaban el salón...?

Dave Lombard llevaba muchas horas apostado entre los pinos que cubrían la cima de la colina donde había situado su puesto de observación.

Exactamente desde las cuatro de la madrugada.

No había observado el menor movimiento alrededor del bungalow de los Mac Greig. Ningún coche había partido de allí. Ningún vehículo había llegado.

¿Habría que suponer, entonces, que los huéspedes de la familia Mac Greig habían pasado la noche anterior en la casa?

Y en cualquier caso, ¿cómo podía explicarse la reunión de veintidós personas —contando a Sarah Mac Greig y .a Bob, su hijo— a las seis de la mañana?

Intrigado ya, ansioso por satisfacer su curiosidad, Lombard guardó los prismáticos en su estuche y descendió de la cima arbolada.

Procuraba avanzar sin ser visto hacia el bungalow de los Mac Greig y para ello aprovechaba los matorrales y la profunda zanja final, abierta sobre la roja tierra por las aguas de algún torrente.

A menos de veinte metros de distancia, Lombard echó el cuerpo a tierra y utilizó los prismáticos.

Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡No es posible...! —murmuró.

A través de las lentes veía ahora a los extraños invitados de Bob Mac Greig.

Eran hombres y mujeres, todos de una edad semejante a la de Bob. Con absoluta claridad, el comandante Lombard pudo apreciar que aquellas personas poseían cabellos rubios, cejas rectas y lóbulos de las orejas cuadrados.

Guardó los prismáticos, contuvo el aliento y reptó hacia el edificio a lo largo de un tupido seto de boj.

Finalmente se agazapó bajo la ventana y escuchó, atento.

El rumor de la conversación llegaba claramente a sus oídos.

Pero por más que se esforzó no consiguió entender una sola palabra.

Lombard hablaba francés, español, alemán y ruso. Poseía además conocimientos de los principales idiomas terrestres.

¿Qué idioma era aquel que utilizaban los Mac Greig y sus insólitos invitados...?

Para Lombard era absolutamente desconocido.

—La actitud de los Mac Greig es sumamente sospechosa —decidió —. Tal vez sus invitados sean agentes al servicio de la Unión Soviética. Y en tal caso...

De ser cierto lo que empezaba a sospechar, la conducta del joven oficial y su madre suponía una clarísima traición a los Estados Unidos.

Lombard comenzó a sentirse nervioso.

Su deber, en tal situación, estaba muy claro: debería desenmascarar a los Mac Greig y a los desconocidos reunidos en el salón de su casa.

Palpó su pistola electrónica y se apartó de la ventana.

Ya sin ningún disimulo corrió hacia el porche y golpeó frenéticamente la puerta.

—¡Abran, abran! ¡Soy el comandante Lombard! —gritó con voz enérgica.

Transcurrieron unos segundos.

Al cabo se oyó un leve rumor de pasos en el vestíbulo y la puerta se abrió.

Sarah Mac Greig, bellísima, fragante como una flor, le contemplaba con evidente sorpresa.

—¡Comandante…! —exclamó con sorpresa, al ver la peligrosísima arma empuñada por Lombard.

Dave la apartó sin violencia y corrió hacia el interior de la casa.

Tenía la garganta seca y el pulso acelerado, pero estaba firmemente seguro de cuál iba a ser su actuación.

De repente se detuvo en el salón.

Contemplándole con un rictus irónico en sus juveniles facciones, Bob Mac Greig descansaba cómodamente instalado sobre un diván.

No había nadie más. Sólo estaba él.

—¿Dónde están, adonde fueron, dónde los ha escondido? —disparó las preguntas como una ráfaga de metralleta.

—¿Quiénes? —preguntó a su vez el oficial.

—No sea hipócrita, teniente. Había veintidós personas en este salón, hace apenas unos segundos. !No han tenido tiempo de escapar. Ha debido esconderlas en alguna habitación cuando golpeé la puerta —dijo Lombard, exasperado, dominado por la rabia y la impaciencia.

Bob se puso en pie ágilmente. Extendió las manos, señalando las dos puertas que se abrían al fondo del salón.

—Adelante, regístrelo todo —invitó, y la sonrisa se borró de sus labios—. Espero que más tarde pueda darme alguna explicación, comandante.

Lombard vaciló un momento.

Luego recorrió como un loco la casa. Y la halló vacía de personas, a excepción de Sarah y Bob.

Al cabo, volvió al salón.

Su desconcierto era ostensible.

Miró a madre e hijo y murmuró:

—Debe existir un sótano, una habitación trucada, algo… que sirva como refugio y escondite…

—Esta casa no tiene sótano, comandante —dijo Sarah, sin perder su habitual dulzura—. No ocultamos a nadie.

—Pero…

—Bob me ha dicho que se ha visto obligado a prestar servicio de guardia durante más de cuarenta horas sin interrupción —añadió la señora Mac Greig—. Supongo que el servicio le ha causado una tensión nerviosa excesiva, comandante. En realidad todos sufrimos esa tensión, puesto que la guerra atómica parece inminente.

Lombard contempló con fijeza los bellísimos ojos de Sarah.

—'No sufro alucinaciones, si se refiere a eso, señora Mac Greig. Vi a sus invitados desde aquella colina —señaló a través de la gran cristalera—. Eran veinte personas, entre hombres y mujeres. ¿Dónde están ahora?

Bob dejó escapar una corta carcajada.

—¿Qué podemos decirle, comandante? Ha irrumpido usted en nuestra casa gritando como un loco y amenazándonos con un arma —puntualizó, con cierto tono de reproche—. Creo que debería denunciarle. Pero... tendré en cuenta que usted fue siempre una persona equilibrada y justa. Creo que mi madre tiene razón: probablemente la tensión le ha desequilibrado un tanto. Mamá, será mejor que le sirvas una copa. Tal vez el alcohol le ayude a relajar los nervios.

—¡No necesito...! —casi gritó Lombard. Pero se calló.

La verdad era que él mismo comenzaba a dudar del equilibrio de sus facultades mentales.

Y en cualquier caso, mejor sería comportarse como si en realidad acabase de sufrir una alucinación.

--Está bien. Acepto esa copa, señora Mac Greig —decidió, al tiempo que enfundaba su pistola—. Creo que les debo una disculpa...

—'No es necesario, comandante. Está usted fatigado, eso es todo. Ahora relájese, siéntese, por favor —rogó Sarah.

Y Lombard obedeció.

CAPITULO V

'Para la Unión Soviética había sido una guerra relámpago. A primeros de junio, las tropas soviéticas habían tomado Túnez, Argelia, Marruecos, Mauritania, Malí, Chad... y su avance era incontenible.

La mitad septentrional de África estaba en poder de los soviéticos.

Entretanto, el Pentágono y el Senado eran hervidero . de pasiones, consultas, debates...

Los más exaltados optaban por la violencia.

Pero había una suprema razón que aconsejaba prudencia: la agresión a la Unión Soviética significaría la guerra total, el Fin de! Mundo.

Y la pregunta capital era ésta: ¿cómo atajar a los ejércitos soviéticos que devoraban África, sin desencadenar una guerra nuclear?

Hasta aquel momento las Naciones Unidas habían conseguido frenar una decisión irreversible.

Pero los nervios estaban tensos, las expresiones sombrías y las energías desgastadas por la larga y angustiosa espera.

El presidente de los Estados Unidos apenas dormía cuatro horas diarias y su intranquilo sueño estaba poblado de pesadillas.

Sus médicos le mantenían en pie a base de inyecciones estimulantes. Pero ¿cuánto tiempo resistirían sus nervios?

Muchos hombres serenos y equilibrados que se distinguían por su templanza y sangre fría —tanto políticos, gobernantes, como militares —, habían tenido que ser ingresados en clínicas psiquiátricas en las últimas jornadas, alterado ya su equilibrio psíquico.

Las pasiones, la insoportable tensión, iban minando implacablemente las mentes más lúcidas.

Y cuando estallase la locura, llegaría la total DESTRUCCION,

*

Al atardecer, Dave Lombard llegó a Willmington, en Carolina del Norte.

Lombard vestía ropas civiles y llevaba consigo un salvoconducto de la autoridad militar que le facultaba para desplazarse libremente a través de todo el país.

El motivo de su visita a aquella bonita ciudad del litoral atlántico sólo era uno: Sarah y Bob Mac Greig habían nacido allí.

Mientras conducía su prototipo a través de las desiertas calles de Willmington, Lombard se preguntó por qué el coronel Kinley se había

mostrado tan bien dispuesto a ayudarle en aquella investigación.

Era cierto: Kinley había conseguido el salvoconducto para Lombard y le había dado carta blanca para actuar a su libre albedrío.

Había bastado que Lombard dijese:

—Es muy extraño todo cuanto ocurre alrededor del teniente Mac Greig.

Para que la curiosidad y el interés del coronel se desataran inmediatamente.

La explicación sólo podía ser una: Kinley odiaba a Bob Mac Greig. El coronel era un hombre de casi sesenta años, excesivamente inmovilista y conservador, todo lo contrario de Mac Greig, liberal, hombre netamente de vanguardia.

'El vehículo de Lombard cruzó raudo las calles de Willmington.

No funcionaban las señales luminosas de tráfico, rodar a gran velocidad era fácil.

Lombard buscaba una calle en particular: Free Street. Y un número: el ciento veintiocho.

Como tema en su poder un plano de Willmington, al comandante Lombard le fue fácil llegar hasta Free Street.

Siguió el orden numérico de la hilera de casas de la derecha con la vista y frenó a poca distancia del final de la calle.

Más allá estaba el campo. La calle terminaba a -unos cincuenta metros.

—Un suburbio —murmuró Lombard, pensativo, al tiempo que dirigía una ojeada a izquierda y derecha.

Las edificaciones eran muy viejas. Casas de piedra y madera, erigidas probablemente cincuenta años atrás.

Algunas se caían de viejas, era ostensible. Había jardines convertidos en matorrales, vidrios rotos, muros cubiertos de polvo, cercas de madera resecas y despintadas... La sensación de dejadez y abandono era total y llevaba al ánimo una cierta impresión de tristeza.

Lombard se apeó de su impresionante vehículo futurista y avanzó unos pasos sobre la acera.

Papeles, plásticos y polvo formaban desagradables remolinos al borde de la calzada llena de baches.

Lombard miró el número de la casa más próxima: era el ciento veintidós.

Miró las ventanas polvorientas de aquel edificio y le pareció advertir la presencia de una persona al otro lado de la cristalera.

Audazmente, Dave empujó la verja de hierro y avanzó a lo largo de un estrecho caminillo que cruzaba un descuidado y reseco jardín, poblado de ásperos cardos.

Algunos ratoncillos corrieron, asustados, entre los secos matojos.

--Suciedad, polvo, ratas... —murmuró Lombard, sin la menor alegría.

Ascendió tres gastados peldaños de hormigón y golpeó una puerta, tras oprimir inútilmente el pulsador de un timbre.

Una ráfaga de viento alzó una polvareda junto a él y Lombard tosió secamente, asqueado.

—Es un lugar repugnante —se dijo.

Y entonces se abrió la puerta y vio a la mujer.

Lombard se quedó sin habla contemplando a la bellísima adolescente -—tal, al menos, le pareció— que le contemplaba con cierta curiosidad.

«Una joya en un lodazal», pensó.

Era una mujer bellísima, de cabellos rubios, como oro pulido, óvalo perfecto, pómulos prominentes, ojos dorados esplendentes y... maravillosas curvas adornando una silueta preciosa.

La mujer vestía un sucio vestido deshilachado y remendado, pero su atractivo personal era innegable.

—Busco... Busco a alguien que pudiera darme cierta información sobre las personas que habitaron la casa v del número ciento veintiocho de esta calle hasta hace:., unos quince años —logró pronunciar al cabo.

Sus ojos estaban fijos en aquellos otros dorados, salpicados de chispitas luminosas, de la jovencísima mujer que permanecía en la puerta.

Las aletas de la nariz de la mujer se dilataron un momento. Parecía tímida y confusa.

Pero cerca de allí se oyó el rumor de unos pasos arrastrados y una voluminosa silueta se destacó de entre las tinieblas del pasillo.

Era una mujer gordísima, descomunal, de escasa estatura. Sus largos cabellos grises, tiesos, formaban un extraño halo alrededor del rostro surcado de finísimas arrugas marfileñas.

Aquella mujer tomó por un brazo a la joven y la empujó bruscamente hacia el interior.

—Largo, Aikal —gruñó, al tiempo que se deslizaba pesadamente sobre el piso de madera para acercarse al visitante.

—Extraño nombre. Aikal —pronunció Lombard,' estupefacto, mientras la muchacha desaparecía en el interior de la casa sin pronunciar una palabra.

—¿Qué quiere? —murmuró la vieja, clavando un par de astutos ojillos grises en el rostro de Lombard.

Dave sintió una irresistible repugnancia al contemplar aquel cuerpo redondo como una bola, abundante de grasas.

La mujer cubría sus gorduras con un pedazo de cortina roja de terciopelo. La tela estaba descolorida y rapada, pero la vieja y gruesa

mujer parecía sentirse muy cómoda debajo del burdo tejido.

Era' evidente la pobreza y miseria de aquellas gentes. La mujer despedía un hedor insoportable a orines, a grasa, a... sudor corrompido.

Lombard sacó unos billetes.

Instantáneamente, los ojillos grises de la anciana se animaron.

Ávidamente alargó una mano como una garra descarnada y arrebató de entre los dedos del comandante los billetes.

—Se trata de los Mac Greig —explicó—. Sarah y Robert Mac Greig vivían en el número ciento veintiocho de esta misma calle. Usted debió conocerles...

La vieja se rascó groseramente los ralos cabellos plateados.

—Mac Greig... Mac Greig —gruñó, mientras sobaba codiciosamente los billetes que acababa de arrebatar a Lombard.

—¿Les conoció? —preguntó Dave, disimulando la ansiedad que experimentaba en aquellos instantes.

La respuesta de la mujer fue sorprendente.

—¿Y cómo sé yo que usted no es uno de esos espías rusos?

Lombard sonrió a su pesar.

La pregunta de la vieja tenía su razón de ser, pues a través de la Televisión y la Radio las autoridades avisaban constantemente a la población civil de la conveniencia de no recibir a extraños, desconocidos o forasteros, ni facilitar la menor información sobre aeropuertos, cuarteles, edificios oficiales u organismos de cualquier índole.

Las personas sencillas, los pueblerinos, habían terminado por ver fantasmas. O lo que viene a ser lo mismo: espías soviéticos por todas partes.

Lombard sacó unos documentos y los ofreció a la vieja, que apoyó un pulgar grasiento sobre ellos.

—Ya... —murmuró, no del todo convencida. Y repitió monótonamente—: ¿Qué quiere saber?

—Ya se lo he dicho —Lombard estaba a punto de perder la paciencia—. Todo cuanto sepa acerca de Sarah y Robert Mac Greig.

La vieja se guardó los billetes, convertidos en un arrugado rollo, en el pecho, y clavó en Dave sus agudos ojillos.

—¿Tiene algo que pueda beberse? —fue la sorprendente salida de la gordísima anciana.

—Debí adivinarlo —gruñó Lombard, viendo como la mujer se pasaba la lengua por los resecos labios en un gesto ávido—. Está bien. Tengo una botella de whisky de centeno en mi coche, a pocos metros de aquí.

—Vaya a por la botella y hablaremos —respondió la vieja, con tajante decisión.

—Viejo esperpento... —murmuró para sí el comandante. Pero se apresuró a caminar hacia su estilizado automóvil y a volver con la botella de whisky.

La mujer le invitó a entrar a la maloliente vivienda con una grotesca parodia de reverencia.

Literalmente, aquella casa hedía.

Había bolsas de basura en el pasillo y el aire estaba impregnado de un olor acre, mezcla de mil hedores repugnantes.

«¿Dónde estará la chica?», se preguntó con cierta ansiedad Lombard, mientras seguía a la gruesa mujer hacia Dios sabe qué desconocidas y malolientes profundidades.

No fueron muy lejos.

La mujer le precedió hasta una pieza donde ardía un? lumbre de ramas secas. Una olla tiznada hervía sobre la lumbre a borbotones.

—Siéntese —invitó la anciana, indicándole una silla de hierro con su tapizado de eskay destrozado por las uñas de algún gato.

En cuanto se hubo sentado, la mujer le arrebató la botella de licor de un manotazo, rompió el cierre metálico con un fuerte y hábil movimiento rotatorio de los dedos y bebió con terrible ansiedad hasta que pequeños arroyuelos de licor corrieron desde las comisuras de sus labios a través de la garganta hasta desaparecer en el generoso y flácido pecho.

—¿Bebe? —farfulló la mujer, a través de sus vacías encías.

Y al ver que Lombard rehusaba la invitación con un gesto, apretó cariñosamente la botella sobre su regazo.

—No perdamos el tiempo. Hábleme de los Mac Greig —indicó el comandante.

—¿Los Mac Greig? Una linda familia —rió la vieja, al tiempo que se enjugaba los labios con el dorso de la mano en un rápido movimiento—. Afortunadamente les perdimos pronto de vista. Dicen que él se marchó hacia allá...

La vieja señaló el burdo tragaluz formado por un trozo de plástico ondulado, en la techumbre.

—¿Hacia allá? —preguntó Lombard, perplejo.

La vieja se atizó un buen trago de whisky antes de responder.

—Sí. El hombre que vino a vivir con Sarah Mac Greig no era un tipo normal. Tenía... —la mujer eructó sonoramente—. Tenía unos ojos que fulgían como el oro, unos cabellos duros como el acero, unas orejas tan puntiagudas como el diablo... En Willmington todos sabían que aquel hombre no era de este mundo, pero ellos repartieron dinero... ¡a montones!, entre las gentes de esta ciudad para que nadie hablara de él, de su relación con Sarah Mac Greig y... de las endiabladas ceremonias que realizaban en esa maldita casa.

—¿Se refiere al ciento veintiocho de esta misma casa?

—¿A qué otra, si no? —respondió la anciana, agria—. Créame: en esa casa ocurrían cosas sorprendentes, que sólo podían ser obra del diablo. ¿Quiere un ejemplo? A Sarah le pasó un camión por encima en la esquina de esta calle con Breadford Road. Era un camión muy pesado, que traía dos piezas de veinte toneladas cada una para una central nuclear. A Sarah la recogieron de la calzada convertida en una irreconocible masa sanguinolenta. No me cree, ¿verdad? Pues lo crea o no, una semana más tarde, Sarah estaba en su casa entera, indemne. Yo pude oírla canturrear en el patio. Créame, amigo, lo mejor es no hablar de aquello. Pasó y… ya está.

La mujer tornó a beber con extraña ansiedad. Cuando separó la botella de sus labios apenas quedaban en ella unos sorbos de licor.

Lombard se sentía turbado.

¿Era verdad Io que la anciana farfullaba? ¿Era simplemente el resultado del alcohol ingerido a dosis excesivas para una mujer de su edad…?

Lombard sacó un cigarrillo y aspiró ávidamente el humo.

—No creo una sola palabra —pronunció con deliberada lentitud.

La mujer se encrespó.

A pesar de su voluminosa humanidad, se agitó violentamente y sus arrugadas facciones se atirantaron.

—Es usted un estúpido, amigo mío —bufó. Y sus abultadas mejillas temblaron—. Usted quería saber, pero es un incrédulo… ¿Por qué no se marcha entonces?

Lombard se puso en pie y con un hábil y rápido movimiento tomó la botella de licor de entre las manos de la mujer.

La anciana quedó paralizada.

—¡La botella! —gimió desesperadamente—. ¡Devuélvamela!

Lombard la miró sin clemencia.

—El trato es el trato, señora mía. Le he dado dinero, le he traído esta botella de whisky para que me contase todo lo que supiera acerca de la familia Mac Greig. El hecho de que ya crea o no su relato nada tiene que ver para que usted siga hablando, sin ocultarme nada. Si no lo hace, estrellaré la botella contra el suelo —advirtió.

La mujer se retorció las manos con gran ansiedad.

—Está bien. Se lo contaré todo. Pero no me interrumpa —farfulló.

CAPITULO VI

El día veintidós de enero de mil novecientos sesenta y cinco, los barcos pesqueros se hicieron a la mar desde el puerto de Willmington.

Los partes meteorológicos eran positivos: la mar estaba en calma, apenas agitada la superficie marina por una leve marejadilla.

No era la época del .año en que suelen producirse huracanes violentos en la costa Este de los Estados Unidos, por lo que no eran de temer tempestades peligrosas.

Pero a las once de la mañana del mismo día, un violentísimo golpe de mar hizo zozobrar más de treinta motonaves dedicadas a la pesca.

Milagrosamente no hubo que lamentar la pérdida de vidas humanas. Aquella costa, que normalmente era un hervidero de tiburones y barracudas, permitió a todos los náufragos alcanzar tierra firme sin novedad, tras muchas horas de flotar sobre el mar por sí mismos a bordo de botes neumáticos.

Al salvamento colaboraron de forma decisiva las unidades del Servicio de Guardacostas, que no descansaron en toda la jornada hasta que el último náufrago fue rescatado de entre las aguas.

Los náufragos parecían muy nerviosos e inquietos.

Los de una embarcación intercambiaban excitados comentarios con los de las otras motonaves pesqueras.

—¿Lo visteis? Fue poco antes de las once, quizá hacia las diez cincuenta y cinco -—decía un patrón—. La luz era muy escasa aún, pues el cielo estaba cubierto de negros nubarrones. Y de repente...

—¡Yo también lo vi! —exclamó el piloto de la Yearly—. La bruma era densa sobre el mar y en cubierta apenas podíamos vernos unos a otros. Y entonces brotó una luz vivísima, como un rayo. El resplandor perforó la niebla e iluminó el mar tan intensamente que yo mismo parpadeé, deslumbrado.

John Beeker, el patrón de la Yearly, no le dejó continuar:

—Creí que dos jets se habían estrellado en las alturas. Pero no oímos nada. Sólo aquel fulgor deslumbrante que desapareció en el fondo del mar sin dejar huella. ¡Todavía trato de averiguar qué diablos sería aquello! Parecía cosa del diablo.

—Lo extraño está en el fortísimo golpe de mar —siguió su piloto —. Súbitamente, las entrañas marinas se agitaron. Olas de doce o catorce metros surgieron de improviso de las profundidades y... nuestra Yearly fue elevada sobre las olas con tremenda furia...

Beeker apuró de un trago el vasito de whisky que el dueño del Shark House había puesto ante él.

— ¡Nunca vi nada igual! Llevo treinta años trabajando en la

pesquería y sé Id que significa naufragar en nuestras aguas —exclamó—. Lléname el vaso, Steve —consciente de que en aquel momento era el blanco de todas las miradas de los clientes de la taberna, Beeker hizo una estudiada pausa—. ¿Recordáis el naufragio de la Keymaster, hace tres años? Llevaba dieciocho hombres a bordo y ninguno de ellos se salvó. Los tiburones se los zamparon. Los de Marina pudieron recoger algunos restos humanos destrozados flotando sobre el mar. Pero nosotros... ¿Cuántos íbamos a bordo de la Yearly'? —inquirió a Harrel, su piloto.

—Veintidós. Walker, Evenson y Davis estaban en la cocina.

—El golpe de mar puso a nuestra nave de quilla, a pesar de lo cual Walker, Evenson y Davis aparecieron flotando junto a nosotros pocos segundos después. Juro que jamás imaginé que pudieran salvarse...

Un hombretón fornido y grueso se acercó a John Beeker.

—Vamos, vamos, patrón, no disimule. Sólo un hombre como usted hubiera demostrado suficiente sangre fría como para zambullirse y sacamos del interior del barco —dijo, sin disimular su admiración.

Beeker palideció.

—Me gustaría poder decir que es cierto, Evenson, pero la verdad es que no fui yo quien te salvó !a vida —declaró.

—¿Quién, entonces? —exclamó Evenson—. También Davis -y Walker fueron sacados de la Yearly, pues ninguno de nosotros sabíamos nadar y la motonave estaba puesta de quilla. Si no fue usted, patrón, ¿quién fue nuestro salvador?

Los ciento cincuenta hombres que llenaban la Taberna del Tiburón se miraron entre sí, perplejos.

—'No fui yo.

—Ni yo.

—Tampoco yo. Bastante tenía con mantenerme a flote.

—Digo lo mismo.

Beeker tomó el vaso de whisky que Steve Benson acababa de llenar y se tragó su contenido como si tal cosa.

Luego paseó su mirada sobre los rostros de los hombres que se apiñaban sobre la larga barra.

Finalmente dejó escapar una sonora carcajada.

—¡Admirable! —exclamó con voz rotunda—. He aquí que tres hombres son sacados de las entrañas de la Yearly por un tipo con agallas y ahora ese hombre no aparece.

—Hay muchas cosas extrañas en todo esto —rugió Harrel, dejando caer su formidable puño sobre el acero cromado de la barra—. Enormes olas arboladas se alzaron del seno del mar cuando vimos aquel fulgor azulado. Pero pocos segundos después la superficie del mar estaba en calma.

—Es cierto. Jamás vi un mar tan tranquilo y liso. Espejeaba —

aprobó el patrón John Beeker.

El maquinista de la motonave Summer Bird avanzó unos pasos.

—No quise decir antes nada de lo que me ocurrió. Imaginé que si hablaba me tomaríais por loco —declaró.

—¿Qué te ocurrió? —preguntó el musculoso Ted Harrel.

—El motor de la Summer Bird tenía una fuga de aceite y bajé a las máquinas para reparar la avería. Entonces se produjo el golpe de mar y la embarcación se inclinó de popa y se hundió rápidamente. Cuando vi inundarse el sollado me sentí perdido. Apenas sé nadar, pero intenté salir. No lo conseguí y comencé a ahogarme.

—¿Y…? —inquirió Beeker, sumamente interesado en el relato del mecánico.

—No veía nada, porque la motonave iba hacia el fondo del mar como un plomo. De repente, noté que alguien me tomaba por los cabellos y tiraba de mí. Unos dedos fuertes y hábiles colocaron alrededor de mi cintura un salvavidas. Advertí una cierta claridad y moví los pies con desesperación. Poco después emergía a la superficie y llenaba mis pulmones de aire. ¡Jamás vi la muerte tan próxima! Por eso quisiera agradecer a quien sea lo que hizo por mí. La persona que me salvó expuso su vida por mí. ¿Quién de vosotros fue?

Nadie contestó a la pregunta del mecánico de la Summer Bird.

Luego surgieron excitados comentarios de todas las gargantas. Todos querían contar a la vez la dramática aventura, pero las voces, excesivamente altas y ruidosas, impedían que alguien se entendiera.

Fue entonces cuando alguien penetró a la carrera en la Shark House y atrajo la atención de todos con un grito de alerta.

— ¡Los guardacostas acaban de rescatar a un nuevo náufrago!

Los hombres del mar se miraron entre sí.

—¡Un nuevo náufrago rescatado! —rugió John Beeker, haciéndose oír por todos gracias a su grueso vozarrón—. Los de Willmington estamos todos aquí, sanos V salvos. ¿Lo has visto tú?

—Sí. Acaban de llevarlo al hospital —respondió el que había venido a traer la noticia—. Me pareció un tipo muy raro. Desde luego, no es de los nuestros. Es un hombre de aspecto extraño… Vi en su muslo una tremenda herida de más de treinta centímetros de longitud, muy profunda, que llegaba hasta la ingle. Y la herida… ¡no sangraba!

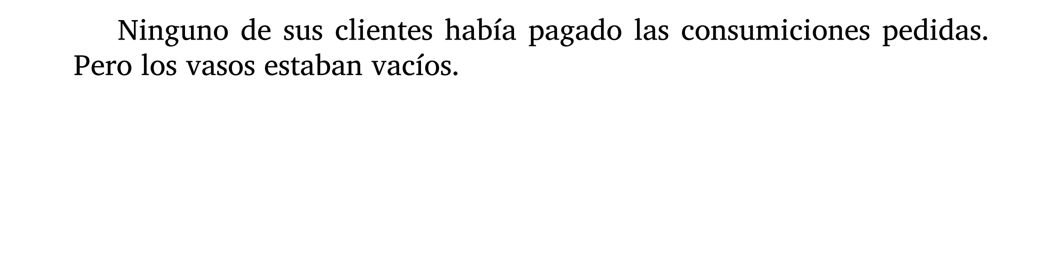
Beeker dejó escapar un rotundo taco marinero.

Y abriéndose paso de forma muy expeditiva —es decir, a codazo limpio— entre los presentes, se dirigió a la puerta.

El resto de los hombres le siguió inmediatamente.

En pocos minutos, la Taberna del Tiburón estaba vacía.

Steve Benson les vio marchar con un gesto desolado en su rostro bermejo.



Ninguno de sus clientes había pagado las consumiciones pedidas. Pero los vasos estaban vacíos.

CAPITULO VII

—¿Y eso es todo? —preguntó el comandante Lombard, muy impaciente.

La anciana alargó sus manos en un ávido ademán por rescatar la botella que Dave conservaba entre las suyas.

—Deme un trago —suplicó la mujer con voz enronquecida—. ¿No ve que tengo la garganta seca?

—Le daré la botella cuando termine de hablar.

—¡Sólo un trago! Por favor —insistió la anciana.

Lombard se puso en pie y se aproximó a ella. Le permitió beber un pequeño trago y retiró la botella.

—Siga ahora —exigió—. ¿Quién era el tipo de la herida en el muslo?

—El padre de Bob Mac Greig. Se escapó aquella misma noche del hospital, antes de que un equipo de cirujanos comenzase a desinfectar y coser su horrible herida.

-¿Y...?

—Desapareció. Durante un mes no se volvió a saber de él. Pero yo había oído la historia que repetían los marineros en las tabernas... Sarah Mac Greig tenía unos cuarenta años por entonces. Nadie la quería en el pueblo. Se reunía con comunistas y socialistas, ¿comprende? En Willmington, Sarah era prácticamente una apestada: ni las prostitutas recibían un trato más humillante que ella. Nadie le ofrecía trabajo, a pesar de que ella había cursado una o dos carreras en la Universidad...

Lombard sabía que Sarah Mac Greig era una mujer culta, refinada, pero jamás hubiera imaginado que se trataba de una verdadera intelectual.

—Yo sé que Sarah se vio obligada a robar en las tiendas y en las huertas próximas a esta ciudad. Robaba para sobrevivir, porque sus semejantes no le hacían la vida cómoda, precisamente. Yo la veía abandonar esa casa al anochecer, furtivamente, y registrar los cubos de basura con la esperanza de hallar algo aprovechable en ellos.

—¿Y después? ¿Cuando vino ese hombre?

—Cambió todo de forma sorprendente. La vieja casa fue reparada de arriba abajo, de forma que era el mejor edificio de esta vieja calle. Vi a Sarah con vestidos nuevos y elegantes, recobró la vitalidad... ¡estaba más guapa que nunca la había visto! Reconozco que yo fui la primera en pensar mal de ella. «Así que... nuestra avanzada comunista no era otra cosa que una mujerzuela», me dije. Desde luego imaginaba que Sarah recibía dinero de aquel desconocido a cambio de

los «favores» que usted puede imaginarse. Pero me equivocaba: Sarah no se había prostituido. Había acogido al extraño individuo de cabellos rubios, cortos y ásperos como un cepillo de acero, y... se había enamorado de él.

—¿Cómo se llamaba? Me refiero al hombre, a ese tipo extraño.

—Sarah le llamaba Waan. ¡Jamás he oído un nombre tan extraño! (—exclamó la obesa anciana—. Pero aún más raro era su comportamiento...

—¿A qué se refiere?

—Le vi un atardecer desde la buhardilla de esta misma casa. Waan tenía visita. ¡Tanta gente!... Había quince o veinte personas dentro del edificio. Luego Waan salió con ellos al patio interior. Las personas que le rodeaban eran muy semejantes a él mismo. Súbitamente, Waan dio una gran voz y... ¡todos sus visitantes desaparecieron como si se hubieran esfumado en el aire!

Lombard se inclinó hacia la anciana.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que acaba de oír. Todas aquellas personas, ¡desaparecieron! Yo misma me negaba a creerlo, pero así fue. Luego Waan volvió tranquilamente al interior de la casa, donde le esperaba Sarah. Muchas noches les espié desde mi buhardilla. Ese Waan era un hombre fogoso, incansable... Ambos se pasaban horas enteras haciendo el amor. Finalmente, Sarah se quedó embarazada.

—Siga —rogó Lombard.

—El niño nació, después de transcurrir el tiempo necesario. ¡Y se parecía extraordinariamente a su padre!

—¿Bob?

—Así le llamaron. Yo me sentía asustada cuando, años después, roe lo encontraba en la calle: el niño me miraba con una fijeza terrible. Su expresión no era la de un crío. Se diría que desde el fondo de sus ojos dorados me contemplase un verdadero adulto. Bob me daba miedo. Y lo que ocurrió cierto día...

—¿Qué pasó?

—Confieso que yo les espiaba constantemente, pues me moría de curiosidad. Una mañana vi a Bob jugando en el patio trasero de su casa. El pequeño apenas contaba cuatro años por entonces. Tenía una pequeña bicicleta y parecía muy feliz aprendiendo a montarla. En pocos minutos consiguió mantener el equilibrio e iba y venía velozmente de uno a otro extremo del patio.

«Disponía de un extenso espacio, pero al fondo del patio se hallaba un viejo camión convertido en chatarra.

»En una de sus carreras, Bob fue a chocar contra el camión. Cayó y debió hacerse daño, porque le oí gritar y lamentarse. Al cabo se puso en pie y se quedó inmóvil, contemplando con gran fijeza aquel

montón de chatarra. Y entonces... ¡el camión se elevó en el aire, cruzó por encima de las tapias de la casa y descendió sobre un llano, a más de cincuenta metros de distancia!

—No puedo creerlo —susurró el comandante.

—¡Allá usted! —gruñó la vieja, malhumorada—. Ya le dije que...

—Está bien. Siga, por favor.

—¡Bueno, bueno! Pero deme otro trago.

Dave le entregó la botella.

Tras apurar el licor que quedaba en ella, la anciana lanzó una corta carcajada que hizo vibrar su abundante papada.

—¿Le he dicho ya que Waan se esfumó poco después de que naciera el niño? Fue algo horrible..., ¡jamás podré olvidarlo!

—¿Cómo sucedió?

—Era un hermoso día de otoño. El cielo estaba despejado y brillaba el sol con fuerza. Y de repente, hacia las once de la mañana, volvieron las tinieblas. La gente se aterró, pero los coches de la policía recorrían las calles con sus faros encendidos tratando de tranquilizar a todos. «No deben alarmarse —gritaban a través de los altavoces—. Probablemente se trata de un eclipse total de sol. Permanezcan en sus casas. No teman.»

—Se trataba de un eclipse, supongo.

—'Los observatorios astronómicos no habían anunciado ninguno de esos fenómenos para aquel día. Poco después se comprobaría que el «eclipse» sólo había afectado a Willmington y su comarca.

—Pero Waan...

—Déjeme seguir. Muy cerca de las doce del mediodía y cuando las tinieblas más densas envolvían a esta ciudad, una fuerte luz azulada penetró por las ventanas de esta casa. El resplandor cegaba, pero yo busqué unas gafas oscuras, me las puse y subí a la buhardilla. De una forma u otra, sospechaba que todo lo que estaba ocurriendo tenía relación con el hombre llamado Waan.

Lombard escuchaba a la anciana con todo interés, sin atreverse a interrumpirla.

—Desde la ventana de la buhardilla vi descender aquella «cosa». Era como un gran disco luminoso que descendió fulgurantemente y fue a posarse en el descampado que usted mismo habrá podido ver, al final de la calle. Waan salió de su casa, seguido de Sarah y Bob. Un momento se volvió hacia ellos y puso sus manos sobre las cabezas de ambos. Luego caminó decididamente hacia el gran disco esplendente y... ¡se fundió en él!

-¿Y...?

—El resplandor aumentó su intensidad y ascendió v desapareció en las tinieblas. Nunca más volvimos a ver a Waan.

—¿Y Sarah, el niño...?

—Vivieron en esa casa otros siete años. Sarah estaba más bella y joven que nunca y el niño parecía fuerte y sano. Se diría que disponían de todo lo necesario, que nada les faltaba, aunque ella no trabajase ni apenas saliese de casa. Bob seguía haciendo cosas sorprendentes, como arrojarse desde lo alto del tejado al suelo, sin sufrir el menor daño o desaparecer de repente cuando se encontraba jugando en la calle. ¡Cosas del diablo!...

Lombard se agitó inquieto.

—Pero todo eso suena tan extraño. La gente, la policía debió sospechar, abrir alguna investigación...

—Waan repartía dinero a manos llenas para acallar los comentarios. Incluso a mí...

—Siga.

—Waan estaba un día en el patio, mientras yo le vigilaba desde la buhardilla. .Se volvió de repente y clavó sus ojos en mí. Yo huí, asustada. Pero un momento después alguien llamaba a la puerta. Abrí: era él, Waan. Quedé paralizada de espanto, pero é¡ me dijo que no pensaba hacerme ningún daño. «Soy una pobre mujer solitaria y mísera —dije, envalentonada—. No tengo dinero ni cosas de valor. ¿Qué podría temer?»

»Waan sonrió.

»—Usted tiene mucho dinero —afirmó—. Abra el último cajón del viejo armario de la habitación donde duerme y encontrará diez mil dólares.

La anciana dirigió una mirada al fondo del pasillo. Cuando tornó a mirar a su visitante, Waan había desaparecido inexplicablemente.

Entonces la mujer corrió hacia su dormitorio, tiró del último cajón de su apolillado armario...

—Allí, entre mis pobres ropas, había, en efecto, diez mil dólares en billetes legítimos —declaró la anciana—. Ignoro cómo pudo llegar el dinero hasta allí. Tampoco puedo imaginar cómo él adivinó que había diez mil dólares en tal lugar, aunque siempre he sospechado que fue él quien los puso. Y sí, amigo mío, la policía vino varias veces a preguntar cosas acerca de Waan, de Sarah y su hijo. Pero Waan había desaparecido ya y ella no quiso revelar a la policía la identidad del padre de su hijo. Por lo demás, cuantos eran interrogados por los agentes negaban sistemáticamente saber nada acerca del asunto. Luego, Sarah y su hijo se marcharon y nadie sabe adonde fueron.

—¿Y la casa? — preguntó Lombard.

—Es la única que se conserva en buen estado en toda la calle..., a pesar de que nadie se cuida de repararla. Su techumbre está intacta y sus puertas y ventanas tan enteras y cuidadas como las dejó Sarah al marcharse de Willmington, hace quince años. De todas formas, yo me alegré de que se marcharan. En el fondo, creo que cuanto ocurría en

esa casa era obra del diablo.

CAPITULO VIII

Lombard caminó con largos y ágiles pasos a lo largo de la acera.

El viento, bochornoso, seguía formando remolinos de polvo y basura sobre los descuidados jardines de las viejas casas destartaladas.

Al fin, Dave se detuvo ante el número 128.

Era una casa de dos plantas, con un balcón superior corrido y un pequeño jardín ante la fachada.

A excepción de su base y cimentación, el edificio había sido construido en madera.

Tal como afirmase la anciana, la casa se conservaba en perfecto estado.

Incluso las plantas que crecían en el jardín estaban' verdes y lozanas y el caminillo que llevaba al porche, libre de hierbajos y ortigas.

¿Cómo era posible, si nadie acudía a ocuparse de aquella casa?

—¡Cosas del diablo! —murmuró Dave, humorísticamente, recordando las veces que la vieja había repetido aquella misma frase.

Pero Dave Lombard no creía en el diablo, aunque en su interior comenzase a confirmarse la idea de que algo extraño y sutil se escondía en aquella casa.

Si como aseguraba la anciana, el edificio estaba deshabitado, lo más probable sería que a lo largo de aquellos quince años hubiera sido saqueado y habitado por los vagabundos y merodeadores.

El viento no soplaba ya. El cielo, ceniciento, amenazaba tormenta.

Dave encendió un cigarrillo mientras observaba la casa con gran interés.

Si daba crédito al relato de la obesa anciana, habría de admitir que Waan no era sino... un extraterrestre.

—Y Bob Mac Greig, el hijo de un hombre de otro mundo —murmuró.

De ser así, Lombard podría explicarse todos los sucesos enigmáticos acaecidos en relación con el teniente Mac Greig.

Se volvió.

La calle permanecía desierta, nadie le observaba.

Una viva curiosidad le impulsaba a empujar la verja de entrada al jardín.

La empujó.

Sus goznes debían estar bien engrasados porque no se produjo el más leve chirrido.

Un momento se detuvo en mitad del caminillo que llevaba al porche del que se balanceaba levemente un farol de hierro forjado.

«No está bien lo que me propongo hacer —se dijo—. Se trata de una propiedad privada. No tengo derecho a profanar los secretos de sus propietarios.»

Pero su curiosidad era mucho más fuerte que su sentido de la ética. En cualquier caso, ¿no había venido a Willmington para realizar una investigación acerca de los Mac Greig?

Se decidió.

Avanzó unos pasos, contorneó el jardín y caminó a lo largo de un estrecho callejón que llevaba hasta el patio posterior de la casa.

Se detuvo, tanteó una contraventana. La madera era sólida y resistió a su fuerte tirón.

Probó en otra ventana, y en otra y en otra. Sin

éxito.

Más allá descubrió una puerta cristalera, sin contraventanas.

Dave dudó un instante.

Pero luego buscó un grueso guijarro y lo arrojó con toda decisión contra los cristales.

Se oyó el tintineo .de los fragmentos de vidrio cayendo en el interior de la casa.

Dave contuvo el aliento y se aproximó.

Avizoró a través de los cristales con ansiedad.

No pudo ver mucho: un pasillo oscuro, las manchas blancas de las fundas de algunos muebles.

Absolutamente decidido a penetrar en aquella casa, Lombard introdujo una mano a través del hueco del cristal roto y tanteó las maderas buscando un cerrojo o una cerradura.

Nunca podría explicarse con claridad lo que sucedió a continuación. Lo cierto es que vio brillar una vivísima luz azulada y se produjo una violenta deflagración silenciosa que le derribó a cinco metros de distancia.

Inmediatamente el edificio entero comenzó a arder a grandes llamaradas.

En pocos segundos, la casa se convirtió en una gigantesca pira.

Lombard yacía en el suelo, atontado como consecuencia de su violenta caída a tierra.

Alguien corrió hacia él y le ayudó a incorporarse.

Dave dejó escapar una exclamación ahogada al reconocer a la bellísima jovencita que le abriera la puerta en casa de la anciana.

La mirada de Lombard quedó presa de las doradas pupilas.

La muchacha le arrastraba de una mano a lo largo del callejón.

De lo alto caían vigas de la techumbre envueltas en llamas y la temperatura era insoportable.

A la carrera, atravesaron el jardín, cuyas plantas se habían vuelto en pocos minutos lacias y marchitas.

Jadeaban cuando se detuvieron a unos treinta metros de distancia.

Lombard se volvió a contemplar la espectacular hoguera.

La casa aparecía envuelta en una vivísima llamarada, de la que apenas brotaba una delgada voluta de humo.

—'No puedo entenderlo —murmuró el comandante.

Miró a la muchacha, pero ella no hizo ningún comentario.

—No hice más que tocar Ia puerta y... algo estalló sin ruido ante mí. Simultáneamente surgió la gran llamarada. Indudablemente esa casa estaba bien defendida...

En aquel momento, la techumbre entera se hundió con gran estrépito y hacia las alturas se elevó una gran voluta de chispas.

Cinco minutos después, de la casa sólo quedaba un solar cubierto de cenizas.

Entonces Lombard se volvió a mirar a la muchacha.

—Gracias por ayudarme, Aikal —exclamó.

La mujer dilató las aletas de su nariz.

—Quiero ir contigo —fue la sorprendente respuesta.

Dave la contempló, perplejo.

—¿Conmigo? ¿Adónde? —preguntó.

—No me importa adonde. Quiero ir contigo —repitió Aikal.

—¿Por qué?

—Me gustas, te quiero.,, para mí —afirmó ella, sin rubor.

Lombard se quedó de una pieza.

Maravillado, contempló los preciosos ojos dorados de la muchacha.

—Desde luego, puedo jurarte que jamás había recibido una... proposición tan... tentadora. Pero no quiero verme envuelto en una aventura con una menor. ¿Cuántos años tienes, Aikal?

—Dieciocho —respondió la joven, tras un leve titubeo,

—A pesar de eso. Tendrás una familia, padres...

—No tengo padres, no tengo a nadie —declaró la joven Aikal—. La vieja Jasper me mantenía prácticamente secuestrada en su casa. Pretendía que me prostituyera para explotarme. No quiero seguir más tiempo junto a ella.

—Lo que acabas de decir es muy grave —afirmó Dave—. De ser cierto, esa vieja podría ser procesada y encarcelada. ¿Estás segura de que es verdad cuanto acabas de decir?

Aikal miró al hombre serenamente.

—No quiero que la señora Jasper vaya a la cárcel, pero tampoco seguiré viviendo con ella —respondió Aikal, muy segura—. Todo cuanto te he dicho responde a la verdad.

Lombard inspiró profundamente.

La tentación era demasiado fuerte.

¿Qué hombre joven, sano y soltero hubiera resistido? Porque Aikal

era una maravilla.

Admirándola, en una lenta mirada que fue desde la cabeza a los pies, Dave notó que la sangre circulaba más rápida y ardientemente en sus venas.

—Está bien. Me dirijo a Houston, en el estado de Texas. Te llevaré hasta allí y te buscaré un alojamiento adecuado —respondió al fin.

Aikal golpeó el piso con su pie descalzo.

—¡Pero yo no quiero un alojamiento adecuado! ¡Yo quiero estar contigo! —protestó.

—Bien, bien —Lombard apenas podía disimular su turbación—. Ya veremos de arreglar eso.

En la lejanía se oyó el alarido dramático de una sirena.

¿Policía? ¿Bomberos?

—Será mejor que no nos encuentren aquí. No sabría explicarles cómo se incendió esa casa. ¡Vamos!

Tomó a Aikal de la mano y juntos corrieron hacia el automóvil estacionado junto a la casa número 122.

Acababan de acomodarse en su interior, cuando en la puerta de la casa apareció la vieja Jasper gritando y gesticulando como una bruja.

—¡Al diablo! —gritó Lombard, que no había entendido una sola palabra. Y puso el automóvil en marcha, hizo una rápida maniobra para dar la vuelta y se alejó a gran velocidad.

Rodó a través de las callejuelas más retiradas hasta alcanzar la autopista.

Entonces observó de reojo a Aikal y advirtió que ella le envolvía en una mirada intensa, ardiente.

Inmediatamente las mejillas de Lombard ardieron.

Por fortuna, en aquel momento rompió a llover y el comandante dedicó toda su atención a la carretera que se tornó rápidamente encharcada y resbaladiza.

Pero Aikal alzó su mano izquierda y le acarició una mejilla.

Lombard giró el cuello y besó aquellos finos y perfectos dedos.

CAPITULO IX

Aikal yacía boca arriba sobre el lecho.

Respiraba rítmicamente y sus senos, desnudos bajo la sábana, se erguían como pequeños montículos de seda.

Lombard la contempló en silencio.

—Yo también te quiero —dijo en un susurro. Y se echó fuera de la cama y entró en el cuarto de baño.

Volvió al dormitorio media hora después. Se vistió sin prisas y fumó un cigarrillo.

Al cabo, consultó su reloj y decidió que era ya hora de reemprender el viaje.

Así, pues, apagó el cigarrillo sobre un cenicero que había sobre la mesita de noche y se inclinó sobre Aikal para despertarla.

Rozó suavemente la mejilla femenina con sus labios. Aikal agitó sus párpados levemente y abrió los ojos.

Sonrió.

Luego atrajo a Dave tomándole por el cuello y le besó ardientemente en los labios.

—Te quiero. Eres maravilloso —dijo.

—Gracias —respondió Lombard—. Pero son las nueve de la mañana y debemos reemprender el viaje.

Aikal dirigió una ojeada a su alrededor.

—No veo mis ropas —comentó, sorprendida.

—Las he tirado a la basura —declaró el hombre—. Pero he convencido a una camarera joven para que me vendiese un vestido casi nuevo y alguna ropa interior. Lo tienes todo en el cuarto de baño. Vamos, date prisa.

Aikal abandonó el lecho.

Estaba totalmente desnuda, pero cruzó airosamente ante Lombard sin sombra de vergüenza.

Aquel gesto, sin embargo, no era el de una desvergonzada, sino que expresaba toda la ingenuidad y la sencillez de la muchacha.

Dave la siguió con la vista, fascinado, hasta que ella penetró en el cuarto de baño.

A las nueve y media desayunaban apresuradamente en el bar del motel.

Cuando abandonaron el edificio y salieron al exterior, seguía diluviando.

Los alrededores estaban enfangados. Tuvieron que correr hacia el coche para evitar la copiosa lluvia.

Al cabo, el veloz prototipo alcanzó la autopista.

Lombard conducía en silencio a velocidad moderada.

La radio anunciaba que el río Savannah se había desbordado a la altura de Greenwood y que varios pueblecillos próximos habían debido ser evacuados antes de que las tumultuosas aguas cubrieran los tejados.

Lombard contemplaba ensimismado e¡ desolado paisaje.

Porque, en verdad, la desolación se había apoderado de la gran Norteamérica.

Ante la amenaza de guerra atómica, las fábricas habían dejado de funcionar.

También las explotaciones agropecuarias habían sido abandonadas y los negocios se encontraban paralizados.

En realidad, apenas funcionaban los hoteles, los transportes y los servicios de urgencia.

El Gran País semejaba un mastodonte moribundo.

Poco a poco, el ánimo del comandante Lombard se fue impregnando de la melancolía que remaba en el paisaje.

—¿En qué piensas? —preguntó Aikal, dirigiéndole una penetrante mirada inquisitiva.

—Pienso en que en cualquier momento puede terminar la vida sobre este hermoso planeta —respondió, reflexivo—. Pienso que el egoísmo y la ambición de unos, y el orgullo y la tozudez de otros, nos llevarán a todos a la destrucción y la muerte. De todas formas..., es hermoso haberte conocido, Aikal. Para mí —los labios de Lombard temblaron—, tú vienes a ser como un regalo divino, como el último placer de un condenado a muerte.

Los ojos de la joven le enviaron un destello dorado.

—Pero... ¡no vamos a morir, Dave! ¡Estamos llenos de vida! —protestó ella, impulsivamente.

Lombard desvió la mirada.

—Ojalá fuera cierto. Pero no debemos hacemos ilusiones, pequeña. La Unión Soviética ocupó anoche Uganda, Etiopía, Senegal... En Estados Unidos, en un momento dado, estallarán los nervios del Presidente, que descolgará un teléfono rojo y dará la orden de ataque a los ejércitos soviéticos. Nuestros enemigos ordenarán el contraataque antes de que la primera de nuestras bombas nucleares haya alcanzado su objetivo. Centenares, quizá miles de ingenios atómicos cruzarán los océanos y ¡os continentes y alcanzarán con terrible seguridad sus objetivos. No nos engañemos, Aikal. Va a ser algo horroroso —murmuró el comandante con amargura.

—Pero nada de eso ocurrirá —pronunció la joven con aplastante seguridad.

—¡Qué sabes tú, pobrecilla! ¿Acaso ignoras que el hombre es el predador nato del hombre? La Unión Soviética no accederá a dar un

solo , paso atrás en África y nuestro país se opondrá a su avance, caiga quien caiga. ¡Este es un mundo de locos, querida Aikal!

Hizo una pausa, miró a la joven con ternura y añadió:

—¡Lo siento por ti, por encima de cualquier otra consideración. Yo jamás había conocido a una mujer como tú, sencilla, honesta, sincera, sin sombra de amaneramiento ni hipocresía. Antes, días atrás, yo tenía noción exacta del grave riesgo que corría la humanidad, pero me resignaba a ello porque lo consideraba irremediable. Ahora… no puedes imaginarte mi dolor al comprender que el fin también llegará para ti.

Aikal le tocó suavemente un brazo.

Parecía muy emocionada por las palabras del comandante Lombard. A pesar de lo cual, insistió tercamente:

—No debes padecer por mi causa, Dave. No moriré, tampoco tú morirás. No sucumbirá el género humano sobre la Tierra, aunque es cierto que caerán algunos seres humanos en África. Pero ello no significará el fin del mundo.

Dave sonrió con tristeza.

Las palabras de Aikal no podían significar otra cosa que su ingenuo deseo de que las cosas ocurrieran como ella quería.

Pero indudablemente una jovencita como Aikal no poseía la menor posibilidad de acertar en sus felices augurios.

La inconsciencia y la tozudez de los hombres acabarían provocando la catástrofe mundial. Era lo que temía Dave Lombard y vaticinaban todos.

Y el miedo, el más cerval pavor, paralizaba a las gentes que huían a esconderse en lo más profundo de sus refugios como las ratas cuando intuyen la inminencia de un terremoto.

El viaje proseguía monótonamente, siempre en dirección suroeste.

A la una del mediodía almorzaron en un hotel de Aiken, a unas diez millas del río Savannah.

En la gran pantalla del televisor que ocupaba uno de los muros del comedor, un locutor avisaba sobre el peligro de cruzar los puentes sobre el Savannah debido a la impetuosa corriente del río, que había destruido ya más de una docena de pueblos situados en sus márgenes.

Terminado el almuerzo, Dave encargó al camarero un cartón de cigarrillos y una botella de whisky.

Reemprendieron la marcha hacia las dos de la tarde. Y seguía lloviendo torrencialmente, sin descanso.

A un kilómetro de Aiken, encontraron un tramo de la carretera completamente anegado por un impetuoso torrente.

Lombard se arriesgó a pasar, no obstante.

No era mucha la profundidad de las aguas sobre el firme de la carretera, pero cuando se encontraban en el centro del tramo

encharcado, la fuerza de la corriente era considerable y el automóvil prototipo se desplazó unos metros hacia la izquierda.

«Tendría gracia que muriéramos ahogados cuando sobre nuestras cabezas pende la amenaza de una catástrofe atómica», pensó, irónicamente.

Por suerte la profundidad de la riada disminuyó y el potente vehículo rodó poco después sobre terreno seguro.

Por desgracia, no tuvieron tanta suerte cuando, diez minutos después, descendían hacia el puente sobre el río Savannah.

Superada la última colina antes de llegar al río, Dave dejó escapar una exclamación malhumorada al contemplar la anchísima extensión del Savannah, que había cubierto por completo la estructura del sólido puente metálico.

El río ofrecía en aquel lugar una anchura de más de dos kilómetros y sus aguas rojizas arrastraban impetuosamente roulottes, enseres domésticos, animales ahogados y enormes árboles desgajados de raíz.

Lombard frenó violentamente sobre el arcén.

—¡Bonita situación! —gruñó, rabioso—. Tendremos que volver por donde hemos venido.

Sacó la botella de whisky, la destapó y bebió un largo trago.

'Se sentía nervioso, frenético, al borde de la paciencia.

Encendió un cigarrillo, lanzó una bocanada de humo y volvió a beber.

—No bebas más —le suplicó Aikal—. Te hará daño.

—Lo siento. —Dave se pasó una mano sobre los cabellos—. 'Necesitaba un trago, eso es todo.

—Pero...

—¿Qué quieres que haga? Esta situación me pone nervioso. Hemos perdido mucho tiempo por causa de la lluvia. Y ahora nos encontramos con ese puente sumergido, el paso cortado.

—Calma —recomendó ella—. Esperemos.

Pero Lombard se sentía demasiado impaciente pata escuchar sus palabras.

—¿Esperar... qué? —gruñó—. ¿Tal vez a que bajen las aguas y podamos cruzar sobre ese puente? Este diluvio puede continuar durante dos o tres semanas. Además..., probablemente la estructura del puente se haya resentido bajo la fuerte acometida de las aguas. Tendrán que repararlo, cuando las aguas vuelvan a su cauce.

Aikal no decía nada. Aikal contemplaba con gran atención la turbulenta corriente color cobre.

Inconscientemente, Dave se llevó el gollete de la botella a los labios y bebió otro largo trago.

Contempló muy asombrado la botella al comprobar que apenas quedaba la mitad de su contenido.

De repente, Aikal le tomó por un brazo.

—Dave, pon el automóvil en marcha —pidió.

—¿Para qué? ¿Tal vez para contemplar más de cerca la furia de las aguas? —exclamó él, notando que su voz se tomaba pastosa y lenta.

—Avanza quinientos metros, te lo ruego —insistió ella.

—Está bien. Es un capricho fácil de satisfacer —gruñó Lombard. Y el vehículo sé puso en marcha, cuesta abajo.

A unos trescientos metros de la embravecida orilla del Savannah, Lombard pisó el freno.

Pero el automóvil corrió aún a mayor velocidad hacia las turbulentas aguas.

Insistió una y otra vez, pero los frenos no obedecían a sus furiosas pisadas.

Entonces miró fugazmente a Aikal y gritó:

—¡Aikal! ¡No soy capaz de frenar! ¡Vamos a precipitarnos al río!...

La muchacha no respondió.

Lombard la miró, sorprendido de su extraña actitud.

Aikal apoyaba sus manos crispadas sobre e! panel de instrumentos y parecía agitada por un furioso temblor.

—'¡Aikal! —gritó Dave—. ¿Qué te ocurre?

Entonces vio que ella tenía cerrados los ojos y sus facciones se habían atirantado y tenían un tinte rojizo, como si estuviera concentrada en un gigantesco esfuerzo.

—¡Abre la portezuela! —se desgañitaba Lombard, aterrando a la joven por los hombros—. ¡Tenemos que saltar fuera del coche en cuanto caigamos al agua! ¡Q nos ahogaremos...!

Los músculos de Aikal estaban duros y rígidos como el más sólido metal.

El coche corría a más de cien kilómetros por hora, apenas a veinte metros de la orilla del salvaje Savannah.

Tres segundos más, cinco..., ¡seis! Y el coche se precipitaría al río...

Dave empujó la portezuela izquierda, dispuesto a sacar del automóvil a Aikal como fuera.

Y entonces..., ¡entonces vio deslizarse la encrespada corriente bajo los neumáticos del coche!

Las ruedas seguían girando... en el aire.

Cerró los ojos, demudado.

Indudablemente, la velocidad del automóvil había cortado a ras la superficie del río y el vehículo había saltado en el aire como una lasca de piedra cuando es lanzada para cortar el agua.

Pero unos segundos más y el coche se precipitaría a lo más profundo del Savannah, una vez agotada su velocidad de inercia.

Abrió los ojos, tocó a Aikal, despavorido.

El prototipo flotaba en el aire a diez metros por encima de la superficie agitada del río.

Lombard parpadeó, incrédulo.

Sus manos, aferradas furiosamente a la portezuela y al panel, advirtieron que la estructura del automóvil vibraba con gran potencia.

Miró a Aikal, estupefacto, soltó una mano, tocó el hombro izquierdo de la muchacha y... comprendió que era ella la que provocaba aquella vibración.

Entonces, bruscamente, las ruedas del prototipo entraron en contacto con una superficie sólida.

El coche saltó elásticamente en el aire y luego... rodó libremente sobre el firme de la carretera, al otro margen del río Savannah.

Inconscientemente, Dave hundió el pie en el pedal del freno y el automóvil se detuvo en mitad de la carretera.

Desorbitados los ojos por el espanto, Lombard miró a su alrededor y tuvo que rendirse a la evidencia: estaban a salvo, después de haber cruzado por los aires el turbulento río desbordado.

—Debo estar muy borracho —susurró—. Ni a un loco se le ocurriría pensar que algo así fuera realidad.

Entonces sus dedos entraron en contacto con el gollete de la botella de whisky.

«Si es cierto que estoy borracho, ¿qué mal habría en atizarme un buen trago ahora? —se dijo. Y decidió—, Creo que no podría pasar sin ese trago.»

Y bebió tan abundantemente que cuando retiró la botella de sus labios no quedaba una gota de licor.

Entonces miró a Aikal.

No había una, había dos Aikal.

Pero la muchacha no temblaba ya.

Su cabeza pendía sobre el pecho y sus cabellos como el oro bruñido destellaban a los amarillentos rayos del sol que acababan de aparecer entre las tempestuosas nubes.

Aikal se había desmayado.

Lombard se inclinó sobre ella, deseoso de reanimarla.

Pero la cabeza le dio vueltas y el terrible vahído le obligó a recostar el rostro sobre el respaldo de su asiento.

Un momento después roncaba ruidosamente, vencido por el sopor alcohólico.

*

Al amanecer, Aikal se removió junto a él, y sus dedos rozaron el rostro de Dave Lombard, que despertó con un regular dolor de cabeza.

—¿Qué... ocurrió? —preguntó ella en un susurro.

—¿Me lo preguntas a mí? —gruñó el hombre, desperezándose con dificultad dentro del reducido espacio del coche—. ¡Que me aspen si entiendo una sola palabra de cuanto ha sucedido!

—¿Estás bien? —se interesó ella, afectuosa.

—Tengo todos los huesos enteros y en su lugar correcto, si te refieres a eso. Pero tú —exclamó, súbitamente alarmado— te desmayaste. ¿Cómo fue eso?

—No Io sé —fue su única respuesta.

Lombard la miró fijamente.

—¿Estás segura de que no posees poderes sobrenaturales? Temblabas como un reactor nuclear cuando este coche se alzó sobre las aguas. Se diría..., ¡se diría que con un incomprensible esfuerzo elevaste el vehículo por encima del río Savannah! —exclamó, maravillado.

La cantarina risa de Aikal le desarmó.

—Ignoro si poseo esos poderes a que tú te has referido, pero en caso de que así fuese, nos ha venido muy bien para salvar la situación, ¿no? —se burló ella, alegremente.

Lombard movió la cabeza y se mordió los labios.

—Una cosa es cierta —reconoció finalmente—. Estamos al otro lado del río Savannah y podemos continuar el viaje. Será mejor que nos atengamos a la realidad y sigamos adelante.

—Bien dicho —respondió Aikal.

Y le pasó el brazo izquierdo por encima del cuello.

CAPITULO X

Aikal se desperezó sobre el lecho con un armonioso movimiento de felino.

—'Es una casa muy bonita la tuya, Dave. Me gusta —afirmó.

Lombard, que estaba vistiéndose, se volvió a mirarla.

—Es lo único que tengo. Pero me basta. No necesito más, sino a ti. Por cierto -—añadió, mirándola de reojo—: tenía en proyecto hacerte muchas preguntas sobre ti misma, pero he decidido olvidarlas.

—Es justo —respondió ella—. Tampoco yo te he hecho preguntas.

—Pero... —comenzó a decir Dave, estupefacto.

—Yo te amo. Es lo único que me interesa —pronunció ella con solemne fervor.

Lombard la envolvió en una mirada cálida.

—Te quiero como jamás imaginé que se pudiera querer, Aikal. ¡Y temo tanto por ti! —confesó, estremeciéndose—, Pero soy un hombre realista, querida. —-Hizo una pausa y añadió—: ¿Te he dicho que soy militar? Pertenezco al ASPFC, con base en Houston. Y tengo que informar a mis superiores. Tendré que dejarte durante unas horas.

Aikal le miró, enigmática.

—¿Tiene que ver ese informe sobre la familia Mac Greig? En Willmington, tú parecías muy interesado en averiguar todo lo relacionado con ellos.

Dave se mordió los labios.

—Ya te he dicho que soy militar. No puedo hablar una palabra relacionada con ese asunto. ¿Lo comprendes?

Aikal se irguió ágilmente sobre el lecho.

Los ojos de Lombard la siguieron, ávidos de contemplar la perfecta silueta femenina.

—Lo comprendo. Puedes marcharte. Te esperaré —respondió ella.

*

—¡Patrañas! —bufó el coronel Kinley—. Ese Mac Greig... Hablemos con la verdad en la boca, comandante Lombard... Mac Greig es el cerebro que dirige a un peligroso grupo de espías soviéticos. ¡El enemigo está infiltrado en nuestra propia casa! —exclamó, excitándose por momentos—. Naturalmente, es el genera! Batterson quien deberá decir la última palabra —terminó, calmado un tanto por la mirada de reconvención que le dirigía el general jefe del ASPFC.

Dave Lombard se puso en pie.

—Mi opinión es que se trata de algo muy diferente, señor —afirmó, dirigiéndose al corpulento AlIan Batterson—. Cualquier persona razonable pensaría lo mismo a la vista del informe que acabo de rendir ante ustedes.

—¡Extraterrestres! —gruñó Kinley, escéptico.

Pero Batterson cortó en seco sus manifestaciones.

—Opino que debemos extremar nuestra prudencia, señores —declaró—. Y, a tenor de ello, me parecería apresurada una denuncia al Presidente o al Senado. Propongo que el comandante Lombard, la persona más adecuada en este caso, prosiga sus investigaciones antes de llegar a una decisión que muy bien podría resultar apresurada y errónea. Debemos extremar las precauciones, señores. La peligrosa situación que el mundo atraviesa, así lo exige.

—Estoy dispuesto a cumplir sus instrucciones, general —determinó el comandante Lombard.

*

Hacia el anochecer, Dave se dirigió a bordo de su prototipo hacia la urbanización llamada Laughlin Village.

*

A las nueve de la noche, Aikal utilizó el teléfono para solicitar un taxi del servicio de urgencia.

—Mi dirección es trescientas cuarenta y cinco de American Road —indicó.

Pero la operadora respondió:

—Lo siento, señora. Este servicio sólo es utilizable en caso de verdadera urgencia. Llame a la policía.

Aikal insistió. Su voz sonaba lenta y pastosa.

—Se lo suplico. Acabo de ingerir un tubo completo de barbitúricos. Me siento terriblemente mal. Y mi médico...

—¿Dónde vive su médico? —preguntó la operadora, prendido ya su interés.

—En Laughlin Village —respondió la joven-—. ¡Por favor, por amor de Dios, envíome un taxi! ¡Estoy segura de que mi médico conseguirá salvarme!

Transcurrieron unos segundos.

—No se mueva de ahí, señorita. Un taxi está ya en camino. La llevará junto a su médico —anunció la operadora.

Y Aikal sonrió enigmáticamente.

*

De repente, Lombard saltó contra la ventana.

Cubría su rostro con las manos, pero el brutal encontronazo con el grueso cristal provocó una tremenda conmoción en su cráneo.

A pesar de ello, cuando logró incorporarse dentro

del salón, Lombard tenía ya su pistola electrónica en las manos.

—¡Quietos! Pulverizaré al primero que se mueva —advirtió, tenso.

Se mordió los labios al comprobar que ninguna de las veinte personas que se sentaban alrededor de la gran mesa extensible del salón de los Mac Greig hacía un solo movimiento para elevarse de sus asientos.

Pasmado de asombro, sus ojos contemplaron, enloquecidos, a aquellas personas que le miraban sin ira, apaciblemente.

Bob Mac Greig no estaba entre ellos.

Tampoco estaba Sarah, su madre.

Todos ellos —hombres y mujeres— vestían ropas habituales entre la población civil.

Pero sus ojos eran dorados, sus cejas rectas, dirigidas hacia arriba, y sus orejas largas, lóbulos cuadrados...

Incluso dominado por el estupor, Lombard elevó la mano izquierda y presionó el transmisor que pendía de su cuello.

—Están aquí —pronunció—. Son veinte personas, entre hombres y mujeres. ¡Apresúrense!

Un hombre de elevada estatura se elevó lentamente de su asiento.

—Es inútil, comandante Lombard. Su pequeño aparato de radio está inutilizado —dijo.

Dave se volvió de un respingo y le encañonó.

—Les advierto —exclamó—. No está en mi ánimo utilizar la violencia, pero si alguno de ustedes vuelve a moverse, me veré obligado a disparar. No sé si conocen los efectos del arma que empuño, pero les aseguro que puede matar a diez hombres en línea de un solo disparo.

Su interlocutor avanzó un paso hacia él.

—Usted parece un hombre peligroso, comandante. Le creó capaz de disparar ese arma con ánimo de matar —dijo.

—Sólo si se niegan a seguir mis instrucciones —advirtió Lombard, un tanto nervioso.

Tornó a utilizar su emisor. Pero palideció al comprobar que no recibía la menor respuesta a su mensaje.

Las veinte personas que tenía ante sí se irguieron entonces.

Lombard dio un salto atrás, despavorido.

—¡No me obliguen a disparar! —gritó a voz en cuello—. ¡Lamentaría...!

Pero el alto individuo que se había dirigido a él anteriormente,

afirmó:

—Usted no podrá lamentar nada, comandante. Entiéndalo. Esa pistola electrónica de la que tanto se envanece, apenas tiene el valor de un juguete para nosotros. Creo... —aquel individuo consultó con la mirada a sus camaradas—. Creo que usted puede ser peligroso, comandante. Y en consecuencia...

El hombre se movió hacia Lombard.

Y éste, perdido los nervios,- disparó.

El disparo destructor no llegó a salir del cañón del arma. Por el contrario, Lombard dejó caer la pistola y exhaló un alarido de dolor, pues su culata abrasaba.

El individuo de los cabellos dorados se aproximó a él y extendió un brazo.

Reaccionando a pesar de su espanto, Lombard le disparó un golpe al estómago.

Sin embargo, aquel cuerpo se desvaneció en el aire.

Perdido el equilibrio, Dave se precipitó hacia delante y cayó, rodando, al suelo.

Desde allí, vio como los reunidos le cercaban, se aproximaban lentamente hacia él.

Entonces Lombard experimentó un miedo profundo, terrible.

Alguien le tocó en el pecho.

Y él corazón del comandante Lombard dejó de latir.

*

Abrió los ojos pesadamente.

Tragó saliva. Su lengua, tan dilatada y áspera como la lija, apenas podía moverse en el alojamiento de su boca.

Entonces sintió una angustiosa sensación de ahogo.

Respiró ansiosamente como pez fuera del agua y se retorció sobre sí mismo.

Sus dedos tocaron algo que tenía el tacto de fría espuma.

Giró el cuello y su corazón dio un paso en falso.

Contemplaba una horrible visión a través del amplio ventanal azabache situado a su derecha.

Monstruos horribles, de considerable volumen, mostraban sus tremendas dentaduras de piezas afiladas que destellaban a la pálida luz de la estancia donde se encontraba.

Seres desconocidos, de pesadilla, parecían flotar al otro lado de la pantalla oscura.

Lombard, contenida la respiración, veía evolucionar aquellos cuerpos serpentiformes, dotados de ásperas escamas y afiladas aletas córneas.

De repente, en una décima de segundo, lo comprendió todo.

—Estoy en el fondo del mar. Y esos horribles monstruos sólo sor,... habitantes de la zona abismal —murmuró.

Se sentía muy débil, pero consiguió ponerse en pie y arrastrarse hacia el gran cristal de forma circular.

Palpó el vidrio con sus manos y comprobó su consistencia. Su movimiento provocó una violenta reacción entre los seres que le contemplaban, curiosos, a través de sus saltones ojos acorazados.

¡Súbitamente, aquellos bichos desaparecieron en la oscuridad insondable!

Poco a poco, Lombard fue recobrando el uso de sus facultades.

Sus ojos exploraron aquella estancia de forma esférica, sin entradas visibles, de cuyos muros metálicos parecía brotar una luz cernida, impalpable.

—Supongo que sería inútil preguntarme cómo he llegado aquí —murmuró para sí.

Una voz metálica y vibrante se dejó oír entonces: · —Responderemos a su pregunta, comandante Lombard. Ha sido traído aquí por los Vigilantes del Universo.

La vibración era tan intensa que Dave tuvo que dejarse caer sobre aquella especie de espuma impalpable.

Protegió sus oídos con las manos y se volvió a un lado y a otro, intentando averiguar de dónde llegaba aquella poderosa voz.

—Es inútil, comandante —vibraron las palabras—. La voz no proviene de ningún aparato de sonido como los que usted conoce. Mi voz proviene de su propio cerebro.

Lombard respiró agitadamente.

—¿De mi propio cerebro? —preguntó.

—Así es. Y las molestias que está experimentando cuando yo hablo, se deben a su estado de tremenda tensión. Le aconsejo que se relaje, que influya sobre sus nervios. Entonces podré comunicarme fácilmente con usted sin provocar su dolor.

Lombard se palpó las sienes, enloquecido.

—¡No, no! —retumbó la voz, como un cañonazo—. No siga haciéndose preguntas inútiles. Descanse. Procure dejar su mente en blanco, tranquilícese, relájese.

Dave se dejó caer sobre la espuma flotante y extendió brazos y piernas.

«Debo dejar mi mente en blanco», se dijo. Y puso su voluntad a prueba.

Inmediatamente experimentó un estado de laxitud intenso y placentero.

—Bien, bien. A pesar de todo, es usted un hombre razonable, comandante —pronunció la voz.

Pero ahora la vibración no hería sus oídos. Por el contrario, percibía las palabras en lo más profundo de su cerebro sin experimentar el menor dolor.

Sus párpados se habían vuelto pesados como el plomo y los dedos de sus manos carecían del sentido del tacto.

'Pero se sentía bien, como si flotase sobre las nubes.

—Acaba de alcanzar su clímax mental óptimo, comandante. Ahora está en disposición de preguntar, de saber, de conocerlo todo. Ahora posee poderes muy superiores a cuanto usted podría imaginar —escuchó.

—¿Cómo es ello? —preguntó, tratando de dominar su impaciencia con un agotador esfuerzo de voluntad.

—A través de Aikal —respondió pausadamente la metálica voz—. Desde el momento en que su cuerpo y el de Aikal se fundieron, usted, comandante Lombard, adquirió, por una especial simbiosis, todos los poderes que ella posee.

—¡Aikal! —exclamó Dave, maravillado—. Debí imaginarlo. Sus cabellos bruñidos como el oro, sus ojos de topacio, su enigmática sonrisa... Aikal es de su raza, ¡es como ustedes!

—Sí —le respondieron—. Aikal había sido nombrada para una especialísima misión: velar por los secretos encerrados en la casa número ciento veintiocho de la Free Street, en Willmington. Por eso Aikal viajó con usted a Houston: destruido el edificio, eliminado cualquier vestigio de nuestros secretos, su misión había terminado.

Aikal era una extraterrestre.

Aikal, la mujer que amaba Lombard, era un ser excepcional. ¡Y sin embargo, tan sumamente humana, para emplear una expresión terrestre!

—Aikal hubo de realizar un gran sacrificio... por amor a usted —explicó la voz de su invisible interlocutor.

—¿A. qué se refiere?

—Ella destruyó aquella casa antes de... destruirle a usted. Las órdenes que había recibido, como vigilante, eran terminantes: debía impedir la aproximación de cualquier intruso. Y caso necesario...

—¿Eliminarlo?

—Sí. Nuestra seguridad así lo exigía. Pero ella le vio, Lombard. Y le amó a usted desde el primer momento.

—¡Espere! Si Aikal podía provocar el fulminante incendio de aquel edificio, también podría muy bien conseguir... que un automóvil cruzase el río Savannah por los aires... —exclamó Lombard, —Desde luego.

—Pero ella aseguró que la vieja Jasper la mantenía casi secuestrada...

—Aikal debía vigilar la casa encomendada a su custodia. Y para

no inspirar sospechas vivió algún tiempo con aquella anciana. Es una mujer egoísta, perversa. Y trató de aprovecharse de Aikal. Es cierto.

Lombard se esforzó en mantener su mente relajada.

—Dígame. ¿Dónde me encuentro? —preguntó, luego.

—Usted ha oído hablar del Triángulo de las Bermudas, comandante. Nos encontramos en el Triángulo. Sólo que a unos doce mil pies bajo la superficie del mar.

—En tal caso, ustedes... ¿cómo dijo que se llamaban? Los Vigilantes del Universo, ¿no es eso? Ustedes son unos verdaderos criminales, procedan de donde quiera que sea. ¡Ahora lo comprendo todo! Ustedes son responsables de centenares de vidas perdidas en esa zona. Docenas de barcos, más de veinte aeronaves se han perdido en esa zona...

La desconocida voz sonó en seguida con graves resonancias.

—Aún quedan en usted vestigios de la lamentable inconsciencia humana, comandante Lombard.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dave. Y advirtió, pasmado de asombro, que estaba manteniendo aquella conversación sin mover los labios, sin producir sonidos perceptibles en su laringe.

—No somos responsables de esos accidentes. Es cierto que en esta zona existen masas submarinas que emiten fuertes radiaciones magnéticas naturales. Y son esas radiaciones las que provocan los accidentes sobre el Triángulo de las Bermudas. Nosotros... no hicimos otra cosa que aprovechar el fenómeno para utilizar el fondo marino como lugar idóneo para ubicar una de nuestras bases. La radiación impide que nuestro refugio sea detectado por el radar y también que las aeronaves terrestres persigan a nuestros vehículos.

Maravillado, Lombard se desplazó lentamente sóbrela espuma flotante.

—Ha dicho «una de nuestras bases» —emitió sin palabras—. ¿Es que poseen otras, además?

—'Desde luego. Centenares de bases que cubren toda ¡a superficie de la Tierra.

—Pero... —Lombard se sentía cada vez más excitado™. ¿Quiénes son ustedes, exactamente?

-—Ya se lo dije. Somos los Vigilantes del Universo —respondió la voz que resonaba en su cerebro.

—¡Vigilantes del Universo...! —repitió Lombard, dominado por el más vivo asombro—. Imagino que no pertenecen a este mundo. Quiero decir, que no son terrestres. ¿De qué planeta provienen?

La voz se tornó grave, reflexiva.

—Representamos a todos los pueblos del Universo que mediante la inteligencia han arribado a la suprema razón, a la más excelsa verdad. Y ésta no es otra que los seres inteligentes sólo pueden relacionarse

entre sí mediante la comprensión y la bondad. Formamos legiones de individuos cuyo número sería imposible de calcular por una mente humana. Y esas legiones velan por el orden y la paz dentro del universo. Allí donde existe el riesgo de que el equilibrio cósmico sea alterado por las pasiones de los seres inferiores, estarán siempre los Vigilantes del Universo para evitar la catástrofe.

CAPITULO XI

—¡Es... inaudito! —exclamó Lombard, estupefacto. Y, sin embargo, las palabras que traducía su cerebro, aquellas ideas se le antojaban ahora de una lógica aplastante, universal.

Centenares, miles de preguntas, se agolpaban en su cerebro.

A pesar de lo cual, Lombard se esforzó en dominar sus sensaciones y establecer sus ideas ordenadamente.

—¡Hay tantas cosas que ignoro respecto a vosotros! —emitió—. Me maravilla, por ejemplo, que podáis, a voluntad, tornaros invisibles.

Hubo una leve pausa.

Y al cabo la voz metálica resonó:

—Tenemos un cuerpo, comandante. Un cuerpo sólido, como el suyo, que no puede hacerse invisible.

—Pero Ia vieja Jasper me aseguró que Waan era capaz de esfumarse ante sus ojos fácilmente. Y en el bungalow de los Mac Greig...

—No es un fenómeno de invisibilidad. Nuestro poder mental, muy superior al de ustedes los terrestres, nos permite hacerles ver lo que nosotros queremos que vean. Para utilizar una expresión suya, se trata de un truco. Influimos en las mentes de ustedes a fin de provocar hipnosis instantáneas, juegos de ilusión que provocan el efecto deseado por nosotros.

—¡Increíble! Pero dígame algo más, por favor. ¿Por qué Waan se unió a una terrestre y consiguió engendrar un hijo en el vientre de Sarah Mac Greig? —inquirió el comandante.

—Digamos que necesitábamos establecer una especie de simbiosis con los terrestres. Debíamos procurarnos una apariencia semejante a la de ustedes, con el fin de evitar la curiosidad propia del género humano.

—'Pero... ¡ustedes son humanos también! —protestó Lombard—, Quiero decir, seres tangibles, de carne y hueso, criaturas racionales.

—Es cierto. Pero nuestra apariencia natural en nada se parece a la de los terrestres. El mismo Waan era a su vez un mestizo, no un individuo puro de nuestra raza. Waan era hijo de Woo, uno de los nuestros, y de una mujer procedente de las avanzadas mujeres viajeras del planeta Hirk Para hacer más fácil nuestra misión, los Vigilantes adquirimos un aspecto normal en el mundo en que operamos.

—Entiendo. Lo que no acabo de comprender es cómo aún estoy vivo. Tengo la horrible sensación de haber permanecido muchas horas

muerto —emitió Lombard, lleno de espanto.

—Usted estuvo realmente muerto por espacio de tres horas, Lombard,

La frente del comandante se perló de gotitas de sudor.

—Sí, estoy dispuesto a creerlo. En casa de los Mac Greig... uno de sus Vigilantes se aproximó a mí, extendida la mano derecha. No sé lo que ocurrió. Durante unos segundos experimenté una angustia viva, tremenda. Luego... nada.

—Se lo explicaré —expresó la voz dentro del cerebro de Lombard—: los vigilantes que habían sido reunidos en asamblea en el hogar de los Mac Greig, entendieron que usted suponía un peligro cierto para nuestros fines. Su ignorancia, su tremenda curiosidad, comandante, suponían un grave riesgo para nosotros. Ax-Hawir, uno de nuestros vigilantes, le mató. No le animaba ningún sentimiento de odio hacia usted, sino la necesidad de anularle.

Las ideas se debatían locamente en la mente de Lombard. E inmediatamente comenzó a experimentar una terrible angustia, por lo que hubo de esforzarse en dominar sus nervios para conseguir de nuevo aquella placentera laxitud que le había embargado hasta entonces.

Cuando lo hubo conseguido, dijo:

—Pero si Ax-Hawir me mató, ¿cómo puedo oírle a usted? ¿Por qué me siento vivo, a pesar de todo?

De nuevo se sucedió una pausa.

—No sé si usted podrá entenderme, Lombard, pero-intentaré explicárselo —se oyó la voz—. Su muerte sólo fue transitoria. ¿Recuerda lo que le dije? Cuando los cuerpos de Aikal y el suyo se unieron en el amor, ella le transfirió a usted sus poderes sobrehumanos. Ya sabe que las células cerebrales siguen viviendo algún tiempo después de la muerte física...

—Lo sé.

—Su cerebro, una vez paralizado el corazón, envió un mensaje telepático desesperado al de Aikal. Y ella reaccionó emitiendo impulsos eléctricos a su corazón inerte hasta que la víscera volvió a latir.

Dave apenas podía dar crédito a lo que escuchaba. Pero algo en su interior le decía que todo cuanto estaba oyendo correspondía a la verdad. Recordaba perfectamente aquella sensación de inmensa angustia que sólo podía ser... Ia muerte.

—Sin embargo... Si es cierto que Aikal me transfirió sus poderes, ¿cómo no pude percibirlo? —inquirió.

—Usted no percibió nada, a pesar de lo cual poseía ya esos poderes, comandante Lombard. Y los utilizó de una forma inconsciente, no predeterminada. Por ejemplo: la ventana sobre la que

saltó en el hogar de los Mac Greig estaba dotada de un cristal irrompible, a prueba de balas o de cualquier otra violencia. ¿Imagina la potencia de su salto para conseguir romperlo, e incluso ir más allá? ¿No cree que si no hubiera estado dotado de poderes muy superiores a los de un humano se hubiera fracturado los brazos y el cráneo al chocar contra el cristal?

—Creo que tiene razón —admitió Lombard, confuso.

Tras reflexionar unos instantes, emitió:

—Creo que sólo me quedan dos preguntas por formular.

—Pregunte.

—¿Quién es usted?

En el cerebro del comandante resonó algo que tenía una cierta semejanza con una sutil carcajada.

—Soy Waan, padre de Bob Mac Greig, ministro para la Tierra de los Vigilantes del Universo —respondió, luego, la voz.

—¡Waan!

—Sí. Y quiero que sepa la verdad, comandante Lombard: yo también estuve a punto de eliminarle definitivamente cuando mis Vigilantes le trajeron a este refugio del Triángulo de las Bermudas. Le consideré peligroso.

—En tal caso, ¿debo considerar que aún estoy en peligro? —preguntó Dave, cuya serenidad, a pesar de su pregunta, iba en aumento.

—No. Bob intercedió por usted. Declaró que era una de las pocas personas sensatas y equilibradas con las que había tratado en Houston. Digamos que Bob es su aval, comandante. Pero usted tenía que hacerme otra pregunta. Puede hacerla.

—¡Sí! —Dave tragó saliva—. ¿Cómo me han traído aquí... si no piensan matarme? De hecho, represento un peligro. Ahora sé que existe una Base extraterrestre bajo el Triángulo de las Bermudas...

Lombard esperó ávidamente la respuesta, que apenas tardó unos segundos en producirse.

—Voy a desvelarle algo trascendental, Lombard. Nosotros, los Vigilantes del Espacio, poseemos poderes suficientes para evitar la hecatombe atómica que se aproxima. Pero no intervendremos si no obtenemos una buena razón válida para ello. Ustedes, los terrestres, deben decidir sobre su futuro. Bastaría que existiese un solo humano con una mente lúcida, equilibrada y justa, que desease de verdad evitar la destrucción de la superficie terrestre...

—¿Y usted, Waan, cree que yo puedo ser esa persona? —preguntó Lombard, estupefacto.

—Responda a mi pregunta, comandante: ¿qué sería capaz de hacer para evitar la guerra nuclear sobre la Tierra?

Dave trató de incorporarse, impulsivamente, sobre la seca espuma

flotante.

—'Haría cualquier cosa. Me sacrificaría en lo más íntimo por evitar la destrucción, el dolor y la muerte de mis semejantes —exclamó, impetuoso.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Insistiré. Usted está profundamente enamorado de Aikal. Yo voy a proponerle una solución: Aikal a cambio-de la Paz Mundial —sonó la metálica voz de Waan.

—¡Aikal!

Los ojos del comandante Lombard se cubrieron de lágrimas.

—'¡La quiero tanto! —exclamó desesperadamente—. ¿Por qué he de perderla?

—Usted debe decidir, Lombard. Pero tenga en cuenta que la pérdida de Aikal salvaría la vida de muchos millones de terrestres.

Dave se encogió sobre sí mismo, preso de una mortal angustia.

—¡Eso supone una crueldad infinita! —gimió.

—¡Siempre el humano egoísmo! —respondió Waan—. Pero debe decidirse, Lombard. Tiene que elegir: Aikal o... Ia Total Destrucción.

Dave se alzó sobre la espuma.

En escasos segundos, su rostro se había afilado y ahora aparecía absolutamente demacrado y pálido.

—¡Dios mío! —gimió, cubriéndose el rostro con las manos.

Pero al cabo tornó a erguirse y dirigió sus ojos a lo alto de la esfera metálica.

—Elijo la vida para el género humano —susurró con un hilo de voz.

CAPITULO XII

—¿Cómo..., cómo !o conseguirán? —preguntó Lombard—. ¿Cómo evitarán la guerra nuclear?

—Será usted mismo, comandante, quien asuma esa responsabilidad —respondió Waan.

Lombard se irguió.

Tenía un aspecto miserable, con la barba crecida, los cabellos despeinados, los ojos hundidos con un brillo de fiebre.

—¿Yo...? ¡Pero eso es imposible! —exclamó.

—¿Olvida que ahora posee poderes especiales? Sólo tendrá que utilizarlos para evitar la catástrofe.

—Pero... —Dave contenía el aliento—. ¿Por qué yo precisamente?

—Porque es justo que los hombres y mujeres de la Tierra sean salvados a costa del sacrificio de un semejante, como usted, Lombard —explicó Waan.

—Entonces...

—No se precipite. Quiero que comprenda el alcance de su futura obra en toda su dimensión. Le invito a conocer el Cosmos.

—¡El Cosmos...! —respondió Lombard, aterrado—. ¿Quiere decir... un viaje a través de! espacio?

—Sí.

—Pero ¡no es posible! Un viaje así duraría miles,. millones de años. Y mi lugar está aquí en la Tierra, si quiero evitar la destrucción --protestó vehementemente el comandante.

—¡Usted ignora tantas cosas, Lombard...! Nosotros podemos viajar a través del espacio con nuestra mente, con nuestros sentidos... Relájese. Así. Usted va a acompañarme a través del Universo, va a conocer a otras criaturas, admirará otros mundos, asimilará culturas milenarias de otras dimensiones cósmicas. Y luego usted estará capacitado ya para realizar su misión.

—Pero...

—:No tema, Lombard. Venga conmigo. Abandónese a mi voluntad. Así... ¡Ya!

Dave cerró los ojos.

Una potente luz azulada estalló en su cerebro y Dave tuvo la sensación de que su cráneo se disgregaba en mil partículas impalpables.

Luego... nada.

*

Aquella mañana, Dave Lombard despertó en Ía habitación de un hotel de Hamilton, capital de las islas Bermudas.

Un chorro de luz solar penetraba, esplendente, a través de la ventana entreabierta y una leve brisa jugueteaba con los blancos visillos.

Del exterior llegaba el aroma penetrante de las exóticas flores de las Bermudas.

Dave parpadeó, perplejo.

Luego, lenta y concienzudamente, palpó su cuerpo con las manos.

Sentía una intensa, palpitante, sensación de vida en todo su ser.

—He vuelto… del Viaje t—murmuró.

Tenía la sensación de haber vivido mi! años, pero el radio-reloj-calendario qué había sobre la mesita de noche indicaba que apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde el momento que saltase contra la ventana del bungalow de los Mac Greig.

¿Cómo era posible que su cerebro hubiese asimilado conocimientos insólitos, sorprendentes, en tan corto espacio de tiempo… sin que su mente resultase alterada?

En el interior de Dave Lombard existía un sereno equilibrio psíquico, no obstante.

Razonaba con fluidez, podía elaborar rápidas y precisas ideas; todo le parecía fácil, factible.

Sin embargo, había adelgazado más de diez kilos. El espejo del armario, situado frente al lecho, le devolvía una imagen elástica, joven, esbelta, culminada por un rostro de luengas barbas negras.

Su expresión reflejaba seguridad, pero en el fondo de sus ojos azules había un innegable poso de intensa tristeza.

Conectó el radio-reloj.

No sonó música, sino la dramática voz de un locutor que decía:

—«Como consecuencia de la declaración de guerra por parte de los Estados Unidos de América a la Unión Soviética, quedan suspendidos todos los vuelos a cualquier destino desde las islas Bermudas. Las autoridades aconsejan a la población civil que acuda ordenadamente a los refugios atómicos…»

Lombard desconectó la radio de un manotazo impulsivo.

—El gran momento ha llegado —murmuró.

Y se puso en movimiento.

Descendió a la conserjería y golpeó impaciente el zumbador del mostrador.

Pero el local estaba vacío, desolado.

.—Todos han huido, impulsados por el pánico —se dijo.

Las calles de la alegre ciudad de Hamilton estaban vacías.

Pero bajo las palmeras que daban sombra a la fachada del hotel había una veintena de automóviles estacionados en batería.

Lombard abrió la portezuela de uno de ellos, se situó tras el volante y arrancó.

Diez minutos después estaba en el aeropuerto.

Condujo hasta los hangares a gran velocidad y se detuvo bajo las alas de un imponente birreactor «Fire-Arrow».

Saltó sobre el fuselaje y penetró en la carlinga.

Jamás había pilotado uno de aquellos reactores nucleares prototipo, pero sus manos se movieron precisas para iniciar Ia producción de energía.

Los reactores rugieron estruendosamente y el aparato se deslizó rápidamente fuera del hangar.

Desde las proximidades de la torre de control, un automóvil de la policía se puso en marcha y rodó velozmente en pos del avión, Dave sonrió, irónico.

Aceleró y el aparato tomó la pista de despegue A-l.

En tres minutos estaba en el aire y el «Fire-Arrow hendía los blancos estratos que flotaban a cuatro mil metros.

A quince mil metros de altitud, el birreactor había alcanzado los tres mil quinientos kilómetros por hora.

Antes de abordar la costa atlántica, la radio comenzó a funcionar:

—;AXL, identifíquese inmediatamente! ¡AXL, dé su cifra de control o comenzaremos a disparar! Nos encontramos a mil metros por encima de su aparato. ¡AXL...!

—¡AXL a la escucha! Tranquilícense. Soy el comandante Dave Lombard, cifra de control YY-0349. Me dispongo a aterrizar en el aeropuerto de la Base ASPFC, en Houston —habló.

—Recibida respuesta, AXL. Aguarde unos minutos antes de volar sobre territorio norteamericano. Debemos avisar de su llegada para evitar que nuestras defensas costeras desintegren su reactor.

—O.K. Describiré un giro de cien kilómetros. Espero su visto bueno.

—-De acuerdo, AXL. ¿Sabe que nuestro país acaba de declarar la guerra a la Unión Soviética?

—Estoy al tanto —respondió Lombard escuetamente.

Tres minutos más tarde recibía autorización para sobrevolar territorio norteamericano y tomar tierra en Houston.

Dave descendía del aparato, cuando un vehículo se detuvo junto a él.

Del vehículo bajó el coronel Kinley, rojo su rostro como una cereza.

—¡Lombard! —bramó, en cuanto estuvo junto al comandante—. Me temo que va a tener que explicarme muchas cosas.

—En otra ocasión, coronel —respondió Dave, serenamente—. Ahora tengo algo sumamente urgente que hacer.

—¿Cómo se atreve a...? —gruñó Kinley, furioso.

Pero Lombard se desasió de su mano violentamente.

—¡Deténganle, deténganle! —gritó el coronel a los cuatro soldados de su escolta—. ¡Lombard se ha vendido al enemigo! ¡‘Estoy seguro!

Rápidamente, los cuatro hombres armados descendieron de), vehículo.

—¿A quién debemos detener, señor? —preguntó un sargento, atónito.

—¿Cómo diablos...? ¡'Naturalmente, deben detener al comandante Lombard! ¿O es que no le ven?

—Efectivamente, señor. No vemos a nadie —respondió el sargento.

Kinley se atragantó. Ya señalaba en dirección al lugar hacia donde había huido Lombard cuando comprendió que estaba señalando... al vacío.

Lombard había desaparecido.

*

Sarah Mac Greig estaba muy pálida, pero aún tuvo fuerza de ánimo para sonreír.

—Bien venido, comandante. Bob le está esperando —dijo.

Lombard penetró en el salón.

Bob se puso en pie.

Ambos hombres se miraron fijamente durante unos segundos y... comprendieron.

—Necesito su ayuda, Bob —dijo Lombard.

—Lo imaginaba —respondió el teniente—. ¿Qué debo hacer?

—No es el comandante quien le pide ayuda, sino un hombre llamado Dave Lombard. No es una orden, es un ruego.

—Lo sé, Dave. Ahora ambos podemos entendernos mejor. Pero tú debes ser el que decida, en cualquier momento. Insisto... ¿qué debo hacer? —inquirió el teniente Mac Greig.

—Tendrás que trasladarte a miles de kilómetros de aquí.

-¿Y tú?

—Me ocuparé del mismo trabajo aquí.

—Bien. ¿En qué consiste mi misión? —quiso saber Bob.

—Mi idea es complicada y difícil, pero quizá la única capaz de obtener el éxito que deseo —respondió Lombard.

—Adelante. Te escucho.

CAPITULO XIII

A las trece cuarenta de aquel mismo día, la Unión Soviética participaba al mundo a través de la Radio y la Televisión que las repúblicas comunistas no estaban dispuestas a dejarse impresionar por la amenaza de guerra lanzada por Norteamérica.

—El mundo entero será comunista en pocos meses —alardeó el almirante Polskin—. Nuestras tropas acaban de ocupar Liberia, Costa del Marfil, Sierra Leona, Ghana, Togo, Nigeria, Camerún, Tanzania, Mozambique… Dentro de poco estaremos en la República Centroafricana, en Rhodesia, en El Cabo. Si Estados Unidos desea la guerra, la tendrá…

A aquella misma hora, Dave Lombard penetraba sigilosamente en la Base G de Nuevo México.

Sin embargo, unos segundos después sonaban las sirenas de alarma y las patrullas recorrían las instalaciones a la caza del intruso.

Una jauría de furiosos y hambrientos perros de guardia fueron soltados por los soldados y sus ladridos llegaron claramente a los oídos de Lombard.

Vientre a tierra, oculto tras los matojos, Dave vio cómo los canes olfateaban con ansiedad y salían lanzados a toda velocidad en su dirección.

Dave se alzó ligeramente sobre sus manos, entornó los ojos y concentró su potencia mental a través de sus globos oculares.

Ya estaban los sabuesos que componían la jauría a menos de veinte metros, cuando Lombard tensó desmesuradamente sus mandíbulas.

Inmediatamente, una gran llamarada prendió los resecos matojos en un área de cincuenta metros cuadrados.

Se oyeron los gruñidos de los perros, sus aullidos lastimeros, su brusca frenada a pocos metros del comandante. Luego los animales emprendieron Ia retirada tan veloces como alma que lleva el diablo.

Dave no perdió el tiempo.

Aprovechando la confusión de los auto-patrullas que se dirigían en pos de los perros, atravesó la llanura, a grandes saltos sobre las llamas.

«¡Es prodigioso! —pensó—. Puedo caminar sobre el fuego sin abrasarme.»

Era cierto.

Cuando alcanzó el muro de! primer silo atómico, su ropa y su calzado aparecían intactos. Ni siquiera se había chamuscado los cabellos.

Aguardó un instante, respirando jadeante.

En aquel instante sonaron las sirenas de los camiones de bomberos que se dirigían velozmente hacia el fuego.

Se puso en marcha.

Dobló la esquina y… se topó de manos a boca con un centinela armado con un pavoroso fusil electrónico.

El hombre debía haber recibido órdenes muy concretas, porque, sin mediar el menor aviso, el soldado elevó el fusil dispuesto a disparar.

Dave sólo disponía de unas décimas de segundo. En aquel lapso de tiempo, sus pupilas se clavaron penetrantemente en las del centinela…

El hombre parpadeó, asombrado.

Luego bajó el fusil y murmuró:

—Debo andar mal de la vista… ¡Pero yo juraría que un intruso apareció en la esquina! —Se frotó furiosamente los ojos y gruñó—: Debo estar haciéndome viejo.

Dave se deslizó junto a él y penetró en el silo.

.Diez minutos más tarde emergía a la superficie. El centinela murmuraba algo ininteligible entre dientes.

Aprovechando su confusión, Dave dobló la esquina del silo y huyó.

Pero la misión que había echado sobre su espalda parecía superior a sus fuerzas.

Había visitado las instalaciones de defensa atómica de Texas, de Carolina, de Florida, de Virginia, de Massachusetts…

Pero quedaban aún las toases de Arizona, California, Kansas, Oregón, Alaska, Hawái. E incluso los submarinos nucleares. Y la Fuerza Aérea.

«Es demasiado para un solo hombre», pensó.

Pero Bob Mac Greig estaba entregado a una tarea semejante.

—Y ojalá tenga el mismo éxito que yo, por lo menos.

Lombard tenía cinco minutos para trasladarse a la Base K, al sur del Estado de Arizona. Y después…

Se detuvo.

Y se concentró intensamente para conseguir la necesaria fuerza anti-G.

Su concentración era tan intensa que hilillos de sangre comenzaron a fluir por sus oídos, nariz y ojos.

Lombard comenzó a desesperarse.

—¡Waan, Waan! —llamó telepáticamente—. ¡Es imposible! ¡No logro la concentración suficiente…!

—Es la consecuencia de tu desesperanza, Lombard, de tu falta de fe. No conseguirás dar fin a tu misión si no tienes una fe absoluta en tus propias fuerzas…

—Creo que es excesivo para mí, Waan. ¡No puedo seguir adelante!

—¡Puedes! Recuérdalo, Lombard, millones de vidas dependen de ti... ¡Tú puedes salvarlas!

Dave se irguió. Respiró profundamente y murmuró:

-—Pero, Waan, ¡otra vez ese horrible sufrimiento!... Créeme: me siento morir cada vez que consigo la suficiente energía anti-G.

r—¡Lombard, Lombard! Tu sacrificio debe estar en proporción al objetivo a conseguir. ¡No desmayes ahora! ¡Ten fe!

—Tendría más fe si no hubiera perdido a Aikal —gimió Dave, acongojado.

—También debes tenerla sin Aikal. ¡Adelante, Lombardi ¡Debes llegar hasta el final!...

—Está bien —las lágrimas de Lombard se mezclaban con la sangre que fluía de sus párpados—. ¡Seguiré adelante!

Apretó los puños, cerró los ojos...

La sangre fluyó abundante dé sus ojos y oídos.

Luego, súbitamente liberado el sufrimiento, la potentísima fuerza anti-G le trasladó velozmente en dirección al sur de Arizona, donde se encontraba la Base K de defensa atómica.

*

—Me retiraré un momento a descansar —dijo el presidente a su secretario personal—. Cuida de que todos estén alerta, Jim.

—Así lo haré, señor presidente... —respondió Jim Evans, pálido y nervioso.

El Presidente se dirigió con pasos inseguros a sus habitaciones. Y su mano tembló al cerrar la puerta.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró entre dientes, al tiempo que se derrumbaba sobre un diván.

Multitud de ideas encontradas bullían en la mente del presidente.

La guerra atómica, la amenaza soviética, la posibilidad de que los ejércitos 'comunistas desembarcaran por mar y aire en las costas norteamericanas...

El jefe supremo del Estado Mayor lo había augurado apenas unos minutos antes, en la última asamblea de seguridad.

—No me extrañaría que los rusos intentasen un golpe de efecto. Nuestros equipos aéreos de radar han detectado la presencia de más de cincuenta submarinos nucleares soviéticos a menos de doscientas millas de nuestras costas. En el Pacífico se observa algo semejante. ¡Y vamos a permanecer cruzados de brazos!

El presidente se debatía en el vértigo de las ideas, de los planes, de las decisiones urgentes.

¡Era todo tan confuso, tan tenso, tan angustioso!...

El presidente deseaba evitar una confrontación nuclear. Porque

estaba seguro de que cuando se desatase la locura los ejércitos de cuarenta países sentirían la tentación de asociarse al terrible vandalismo atómico.

Alemania, Francia, Inglaterra, España, Turquía, Marruecos, China... , todos aquellos países poseían bombas atómicas.

Desatada la ofensiva nuclear entre USA y la URSS, algunos de aquellos países sufrirían, de rechazo, el efecto de la devastación. Y en su rabia, en su agonía, no dudarían en disparar sus ingenios destructores contra uno u otro bando, todo dependería de sus simpatías políticas.

El presidente entreabrió los párpados y miró el cronómetro que presidía una de las paredes.

—Diez veinticinco de la noche —murmuró, inseguro.

Y simultáneamente, pensó:

«¿Podremos vivir un nuevo día? ¿Cuántos serán los que reciban la alegría de contemplar un nuevo sol al amanecer?»

Su radio de pulsera emitió una señal luminosa rojiza.

El presidente se irguió y apretó un pulsador.

Una voz excitada, tensa, desgranó:

—Avisan los servicios de seguimiento de la costa atlántica. A las diez treinta y ocho de la noche, hora Este, nuestros servicios han detectado la presencia de diez submarinos nucleares, diez millas mar adentro de nuestras aguas jurisdiccionales. Tenemos mar gruesa, con olas de hasta ocho metros de altura. Cabe la posibilidad de que la marejada haya arrojado a estos submarinos hacia nuestras aguas, pero igualmente debemos tener en cuenta que pudiera tratarse de una maniobra del enemigo para aproximarse a nuestras costas. Tenemos la posición exacta de las naves submarinas y las hemos identificado con mucha aproximación. Se trata de submarinos «Polskoiev», dotados de doscientos misiles atómicos mar-tierra o aire. Permanecemos a la escucha.

El presidente se puso en pie bruscamente.

—No permitiré que nuestra gran nación sea hollada por los pies de los invasores comunistas —murmuró, perdidos los nervios—. El pueblo americano maldeciría mi nombre si nuestras libertades llegasen a ser profanadas por el enemigo... ;No permitiré...!

En un impulso incontenible, se trasladó al otro extremo de la habitación.

Sobre una mesita estaba el teléfono rojo.

Conteniendo el aliento, el presidente pulsó una clave sobre el teclado del aparato.

Sus facciones tenían un tono terroso cuando pronunció con voz excitada:

—¡Adelante!... ¡Ofensiva atómica total contra el invasor!

*

El presidente del Soviet Supremo se acarició nerviosamente las gruesas bolsas que colgaban bajo sus ojos.

Sus globos oculares estaban cubiertos por finas venillas rojizas que hablaban sin palabras de una larga vigilia.

De repente, aquel hombre corpulento murmuró, inquieto:

—Tal vez hemos ido demasiado lejos.

Pero ¿no era un ideal claro, legítimo, el que perseguían todos los soviéticos?

—Evitaremos que el hombre sea explotado por el hombre —repitió, como una lección aprendida.

El presidente era un humanista. Sus doctorados, su cultura, los conocimientos que atesoraba eran considerables para un hombre de poco más de cincuenta años.

El no había vivido la gran revolución, pero era un comunista de corazón y de cerebro. Siempre había orientado su conducta hacia lo que le dictaba su conciencia.

Pensó en su esposa, Sonia, en sus hijos Igor, Stanislaw, Irene...

«Nadie podría decir que no soy un hombre honrado —pensó—. He dedicado mi vida a mi país y a los míos, he luchado por el imperio del comunismo internacional, he batallado contra mis pasiones personales, he plantado cara a mis vicios, me he hecho viejo laborando a favor de los humanos...»

Pero de nuevo volvió a considerar si, en el fondo, su gobierno no habría ido demasiado lejos en la invasión del continente africano.

«Si los americanos no hubieran apoyado tan tozudamente a Marruecos, a Uganda, a...»

Se sentía muy cansado.

«Ahora sé que las ideas no pueden imponerse por la fuerza. ¿De qué nos valdrá haber conquistado el enorme continente africano? Las doctrinas políticas no se pueden grabar en las mentes como si de una marca al fuego se tratase», pensó.

Y él mismo se sorprendió de su clarividente razonamiento.

En aquel momento de suprema tensión mundial, el presidente se hubiera sentido muy feliz dando la orden de que los ejércitos soviéticos abandonasen África en el plazo de veinticuatro horas.

El podía dar aquella orden, pero...

Estaban los jóvenes dogmáticos, fanáticos, excitados, que formaban el Presidium, estaba la opinión pública soviética, enardecida por las conquistas de sus ejércitos, tan entusiasmada como los nazis en los mejores tiempos del Tercer Reich.

El presidente se frotó las sienes con tristeza.

—He aquí lo que hemos logrado: por la vía del más extremado comunismo hemos llegado a convertirnos en supernazis ;—murmuró amargamente.

Notó que necesitaba más que nunca aquel trago de vodka helado.

La botella estaba sobre la mesa, dentro de un cubo de plata lleno de hielo.

Ya extendía la mano hacia la botella, cuando una voz vibró en los camuflados altavoces del techo.

—¡Alarma, alarma!... ¡Nuestro satélite Spasiwa acaba de detectar una ofensiva atómica desde el continente americano! ¡Centenares de misiles dotados de cabezas nucleares cruzan ya los mares v los continentes camino de África y de la Unión Soviética! ¡Alarma!

El presidente se puso en pie de un salto.

Un momento permaneció inmóvil, perplejo, incapaz de la menor reacción.

Luego corrió hacia el panel de comunicaciones instalado en su despacho y de un manotazo brusco abrió todos los canales.

Inmediatamente resonó en los altavoces un guirigay ensordecedor.

Todos querían comunicarse con el presidente al mismo tiempo: el secretario, el jefe del Estado mayor, el almirante de la Flota atlántica, los comandantes de los submarinos con base en el Ártico...

Finalmente, el presidente cerró los canales y pulsó una tecla: la que correspondía a los Servicios de Apoyo Logístico y Comprobación.

—Confirmado, camarada presidente: los americanos acaban de iniciar la ofensiva. Los misiles alcanzarán Georgia y Ucrania dentro de veinte minutos. Después...

El presidente se retiró a su mesa.

Pasó una mano por su frente y la retiró empapada de frío sudor.

—La situación es irreversible —murmuró—. Todo está perdido.

Lentamente se dirigió al panel de comunicaciones. Con la misma brusquedad que la vez anterior, abrió todos los canales y pronunció fríamente: —Habla el presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Debemos responder a la agresión... ¡Contraofensiva!

Luego tornó a su mesa y extendió una mano hacia la botella. La abrió despacio, con cuidado, casi con mimo.

Y después, brutalmente, bebió hasta atragantarse.

CAPITULO XIV

El presidente de los Estados Unidos de América se desplomó sobre el diván.

—¡Dios santo! —murmuró—. ¡Estoy loco, ¡loco! ¿Cómo he podido hacerlo? He matado a la humanidad. Soy el peor criminal de la Historia, soy...

Durante unos minutos se debatió en un terrible ataque histérico.

Después se irguió despacio y acarició el suave terciopelo que tapizaba el sofá.

—Estábamos fatalmente equivocados... Nuestro orgullo, nuestra ambición, nos están llevando a la muerte —susurró, reflexivo.

Como confirmación a sus palabras, el emisor de pulsera destelló.

-—¡Contraofensiva soviética! Cerca de un millar de misiles cruzan el Atlántico, el Pacífico y el Ártico. Destino: América del Norte...

—¡Locos., locos, locos! —gimió el presidente—, ¡Nosotros, ellos...! Entre todos hemos aniquilado a la humanidad. Somos responsables de un crimen horrible...

Dio unos pasos de beodo y de repente se detuvo:

A través del emisor de pulsera, gritó:

—¡Albert, Albert! ¿Está ahí?

Su jefe de comunicaciones respondió con voz átona:

—Sí, señor presidente.

—¡Escuche, escuche, Albert! ¡Necesito comunicarme con el presidente de la URSS! ¡Inmediatamente! ¿Puede conseguirse comunicación?

—Espero que sí, señor presidente. Y creo que será lo último que haga —respondió el jefe de comunicaciones.

Tres minutos después, el presidente USA hablaba con el presidente URSS.

—Señor presidente, tengo absoluta necesidad, urgente necesidad de hablar con usted.

—¿Para qué? —respondió el ruso, que empezaba a sentir los efectos del vodka—. Ya no hay solución. Vamos a morir. Usted, señor presidente. Y yo.

—¡Dios mío! ¡Qué insensatos hemos sido! ¿Cree... cree que nuestros espíritus podrán descansar alguna vez en paz, después de nuestro terrible crimen?

—'No pienso ahora en la muerte. Pienso en lo que me resta de vida. Estos minutos, horas, el tiempo que sea... constituirán nuestro purgatorio. Por mi mente desfilan ya legiones de fantasmas. Veo ciudades deshechas, desiertos regados de sangre, pirámides de

cadáveres...

El presidente USA se aferró a su emisor corno si a través de las palabras de su colega pudiera recibir una pizca de ánimo.

—Querido Krachensko, amigo mío... ¡Daría mi vida si pudiera dar marcha atrás al tiempo! Me sacrificaría sin dudarlo si me fuera factible dar contraorden...

—Yo haría otro tanto —respondió el ruso, a quien el vodka ponía especialmente sentimental—. Tengo ante mí la foto de los míos... ¡Querida Sonia, entrañables hijos míos! Es horroroso tener la certeza de que nosotros les hemos matado.

—Si ocurriera un milagro... —murmuró e¡ presidente americano.

—Los comunistas no creemos en milagros —gruñó Krachensko.

—¡Lo sé, lo sé! Pero si ocurriera ese milagro...

—'¡Ojalá! Tal vez entonces tendríamos la sensatez que hasta ahora nos ha faltado. ¡Si fuera así...! La URSS abandonaría inmediatamente África.

—Y los americanos dejaríamos de practicar ingerencias en los asuntos de los demás países.

—¡Ojalá!

—¡Ojalá!...

*

Más veloz que los misiles atómicos cruzó el espacio el mensaje telepático de Waan, dirigido a Bob Mac Greig.

—i Hijo, hijo! ¿Me escuchas?

—Estoy bien, padre. Mi cerebro recoge tu mensaje. Habla —respondió Mac Greig desde las proximidades de la Base Iota, en Siberia.

—América ha desencadenado Ia guerra atómica, objetivos África y la URSS. ¡Temo tanto por ti!

—¿Por qué, padre? No he tenido el menor tropiezo. Seguí al pie de la letra las instrucciones de Lombard. Y espero que él haya tenido tanto éxito como yo —emitió Bob.

—¡Si hubierais cometido algún error, el' más pequeño error...! —Ia voz de Waan destilaba temor.

—No podíamos cometer errores en una misión como ésta, padre. No sucederá nada.

—Ese es mi más ferviente deseo —respondió Waan.

*

A las siete horas veinte minutos —hora del Pacífico—, Dave Lombard abandonaba la Base Z de defensa atómica, situada en la

costa occidental de la isla de Maui, en Hawái.

En aquel mismo instante eran las diez veintiocho de la noche en Washington.

Y entonces recibió el entrecortado mensaje telepático de Waan:

—¡Lombard, Lombard! ¡Norteamérica acaba de iniciar la ofensiva atómica! ¿Terminaste?

Lombard se dejó caer exhausto entre el follaje, a dos millas de la Base Z. Tenía el rostro cubierto de. Ia sangre reseca que había manado de sus ojos, de su nariz, de su boca, de sus oídos. Incluso había llegado a orinar sangre...

—¡Terminé!... —jadeó—. Pero no puedo más. No podré moverme de aquí hasta sabe Dios cuándo.

—Ruega porque ni tú ni Bob hayáis cometido ningún error —emitió Waan—, Caso contrario...

Dave entornó los párpados.

Y en aquel momento resonó en el ámbito de la costa una gigantesca explosión que conmovió el valle próximo.

Lombard se incorporó de un salto y giró, a derecha e izquierda, mirando a su alrededor con ojos desorbitados por la incredulidad.

En lo alto de la montaña, el volcán Kinborow acababa' de entrar en una de sus periódicas erupciones y los gases estallaban en su cráter de forma estruendosa.

De repente, Dave echó a reír a carcajadas.

Cuando sus nervios se calmaron un tanto, se dejó caer y respiró anhelantemente, hasta que el sueño le rindió.

*

—'¡Camarada presidente! ¡Le llama el presidente de-los Estados Unidos de América!

Krachensko despertó de su pesado sueño alcohólico y miró estúpidamente a su ayudante.

—¿Qué... qué ocurre? —farfulló.

—Algo extraño, insólito ha sucedido, camarada presidente. Ninguna bomba americana alcanzó África ni la URSS. Desde Norteamérica avisan que tampoco se han producido allí explosiones nucleares.

La borrachera de Krachensko se evaporó como por arte de magia. Torpemente corrió hacia el panel de comunicaciones y se apoyó sobre él.

—¿Es... es usted, Frank? —murmuró en un rígido inglés.

—¡Soy yo, Boris! ¡El milagro... el milagro se ha producido! Ignoro cómo pudo ser, pero ni nuestras bombas ni las suyas han llegado a hacer explosión. Y esto me sugiere otra idea: nosotros confiábamos

excesivamente en nuestro potencial nuclear. Ahora se demuestra que las bombas atómicas no son tan fiables. En cualquier caso se trata de un verdadero milagro.

—Ejem... Celebro que todo... No sé cómo decirlo,

Frank. He bebido como un bruto para... Bien, celebro que no seamos responsables de un genocidio mundial. Sin embargo...

—¿Sí, Boris?

—Puede ser un milagro, pero 110 espere que los soviéticos nos convirtamos en beatos o en hermanitas de la caridad.

—No espero tal cosa. Tampoco nosotros nos convertiremos en comunistas. Pero recuerde, querido Boris, su promesa.

—¡Cumplirrré! —gritó Krachensko, cuadrándose rígidamente—. Dentro de unos minutos, nuestras tropas evacuarán el continente africano.

—Lo celebro. Yo también cumpliré mi promesa, amigo mío. Y, créame, ha sido un verdadero placer charlar con usted.

—Ejem... Lo mismo digo, Frank.

EPILOGO

Sarah Mac Greig trajo una bebida fría para el comandante Lombard.

—¿Qué es eso, qué dice el locutor? —preguntó Dave, sin interés.

—Se está celebrando en París la Conferencia Mundial para el Desarme Atómico. Parece ser que se desarrolla en un clima de entendimiento y distensión —respondió la guapa señora Mac Greig.

Dave dejó vagar la mirada por el jardín. Parecía triste, desangelado, sin alma.

—Bah —gruñó—. En cuanto pasen unos años, rusos y americanos volverán a tirarse de los pelos.

Bob Mac Greig apoyó una mano en su hombro.

—¡Dave, Dave!... —exclamó con fingido reproche—. ¿Eres tú el estólido comandante Lombard que jamás dio muestras de flaqueza? Se diría que no tienes ganas de vivir.

—¡No tengo ganas de vivir! —bramó Dave, con fiereza—. Me quitaría la vida... si no fuera porque desprecio el suicidio.

Volvió a su postura indolente. Sostenía el vaso con la bebida refrescante en su mano izquierda, pero aún no había humedecido sus labios con el helado líquido.

Luego, con profunda amargura, como si hablase consigo mismo, murmuró:

—La verdad es que no puedo vivir sin Aikal.

—Bueno, si ahí residen todos tus problemas... —pronunció Bob.

Dave cerró los ojos.

Evocó la silueta deliciosa de la muchacha de los ojos dorados. Extendió una mano como si pudiera llegar a tocar su fino cuello de cisne, sus pómulos de terciopelo, sus senos firmes y redondos como frutas en sazón...

Se incorporó de un salto cuando sus dedos rozaron una piel tersa, turgente.

¡Y Aikal estaba ante él, sonriéndole suavemente!

Locamente, Lombard la tomó por la cintura y la estrechó contra su corazón.

—¡No es una visión, eres tú en verdad, Aikal, amor mío! —exclamó, convulso.

—Soy yo, Dave. Aikal. Soy luya. Para siempre —susurró ella.

Durante un minuto, ambos se tundieron en un prieto y cálido abrazo. Sarah Mac Greig les contemplaba emocionada.

—¡Pero..., pero...! —farfullaba Lombard, incrédulo---. Yo creí... Imaginé... Mi acuerdo con Waan...

Bob se acercó a él y apretó su mano con calor.

—Mi padre sólo quería poner a prueba tu amor a la humanidad, Dave. ¿Cómo pudiste imaginar que un brazo ejecutor de los Vigilantes del Universo podría ser tan cruel, tan mezquino? No,' Dave: si ellos han llegado a dominar la verdad, es a través de la justicia y la bondad. Aikal es tuya. Y tú le perteneces a ella. Id. Sed felices.

Muy nervioso, Dave sostenía a Aikal por una mano, como si temiese que ella se le fuese a escapar.

Luego miró emocionadamente a Sarah y Bob Mac Greig, y dijo:

—Gracias.

Tras lo cual arrastró a Aikal fuera de la casa, en una veloz y apresurada carrera.

FIN